

Star Wars

El Último de los Jedi

5 - Una Red Enredada

Jude Watson

CAPÍTULO UNO

No había visto a Palpatine desde que tenía diecisiete años. Ferus Olin recordaba a un hombre pálido de voz agradable con una afilada mente política. El Canciller Palpatine siempre tenía un aire de deferencia hacia todo, a pesar de su considerable poder en el Senado.

Pero las cosas habían cambiado.

Ahora era el Emperador... y su poder se había vuelto siniestro.

Ferus estaba aturdido. La cara de Palpatine se había hundido sobre sí misma, sus mejillas se habían colapsado, sus ojos se habían ahuecado. Llevaba puesta una capucha para ocultarlo, pero no podía esconder su nueva apariencia grotesca. El blanco de sus ojos se había vuelto amarillo, y su piel estaba profundamente surcada.

No era extraño que ya no apareciese en la HoloRed para hacer pronunciamientos oficiales.

Obi-Wan Kenobi le había dicho que Palpatine era un Sith. Que había luchado contra Mace Windu y le había derrotado, pero el esfuerzo le había dejado horrendas cicatrices. Ferus no había sabido qué esperar, pero esto era peor que lo que posiblemente pudiera haber imaginado. Podía sentir el lado oscuro de la Fuerza en la habitación. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener su concentración.

Los ayudantes de Palpatine, Sly Moore y Mas Amedda, estaban de pie a ambos extremos de su escritorio. Su Guardia Real Roja, seis de ellos, estaba colocada cerca de la salida. Un delgado hombre gris con mejillas hundidas, vestido con un uniforme imperial, estaba colocado cerca de ellos. Ferus no tenía ni idea de quién era, pero la forma en la que permanecía de pie hablaba de cierta importancia.

¿Todo esto, pensó Ferus, por mi pequeño yo?

Palpatine se había puesto en contacto con él unos días antes. Le había pedido esta reunión, a pesar de que Ferus había escapado recientemente de una prisión imperial. El Emperador había garantizado su seguridad. Cuando Ferus había llegado, había pasado un registro de armas estándar, pero para su sorpresa, Sly Moore le había permitido conservar el sable láser que tenía enganchado en su cinturón. Él no se había molestado en esconderlo. Sabía que Palpatine era consciente de que tenía uno.

—Por favor, siéntate —dijo Palpatine, señalando una silla—. Ponte cómodo. Verás que te hemos permitido conservar tu arma. Un sable láser... qué interesante. Y yo que pensaba que eras un antiguo Jedi.

—Antiguo aprendiz, en realidad.

Palpatine se sentó y apoyó sus manos en el escritorio. Ferus apartó la vista de las largas uñas del Sith, profundamente surcadas, endurecidas con suciedad—. Difícilmente podría esperar que admitas ser un Jedi, viendo que fueron traidores que trataron de acabar con la República.

—Estoy confundido —dijo Ferus—. Pensaba que fue usted el que acabó con la República. ¿No declaró un Imperio hace un par de meses?

—Tengo curiosidad sobre cómo obtuviste un sable láser —dijo Palpatine, ignorando la pregunta de Ferus—. Extraño de ver, porque recibimos informes de que una nave había aterrizado en Ilum, donde tantos sables láser se han creado.

— ¿En serio? Me alegra oír que todavía es un lugar popular.

Palpatine le dedicó una estrecha sonrisa. —Sólo para los Jedi, y ahora todos se han ido.

—También he oído eso.

—Fue una pena que una orden tan respetada sobrepasara sus obligaciones de esa manera.

—¿Eso es lo que sucedió? No tenía ni idea.

Ferus sintió el sudor surgir en su frente y esperó que el Emperador no lo viese. Estaba tanteando a Palpatine, intentando provocarle. Pero Palpatine simplemente continuó hablando con la misma voz profunda y sonora, casi inexpresiva.

—Quizá ahora deberíamos discutir por qué te hice venir —dijo el Emperador.

—Tengo que admitir que siento curiosidad —dijo Ferus.

Había debatido si venir o no venir. Había estado en una remota estación espacial con su tripulación cuando llegó la citación. Eran una banda desaliñada, formada por los miembros de un grupo llamado los Borrados, que incluía a Keets Freely, un antiguo periodista, y Curran Caladian, que había sido ayudante del Senado. Con ellos también estaba Clive Flax, que había escapado de la misma prisión que Ferus. Ferus le tenía cariño, Clive había sido un agente doble durante las Guerras Clon pero mantenía no deberle lealtad a nadie más que a sí mismo. Y luego estaba Trever, el chico callejero que había estado viajando con Ferus. Trever había sido un polizón en su vuelo desde su planeta natal, Bellassa, y los dos habían estado viajando juntos desde entonces.

Con ellos también iba Solace, un viajero poco entusiasta. Ella había sido una vez la gran Caballero Jedi Fy-Tor-Ana. Había cambiado su nombre y había intentado olvidar su existencia pasada como Jedi. Así que no había estado demasiado emocionada cuando Ferus llegó, sugiriéndole que formaran equipo para encontrar a otros Jedi perdidos.

Iban de camino hacia la base secreta que Ferus había establecido para cualquier Jedi que pudiese encontrar, cuando llegó la citación de Palpatine. Ferus había estado intentando regresar allí durante semanas. Necesitaba saber cómo se encontraba el Maestro Jedi Garen Muln.

Ferus le había encontrado en las cuevas de Illum, esperando que la muerte se lo llevara. Todavía estaba débil cuando Ferus le había dejado al cuidado de sus amigos, Raina y Toma.

Todos lo Borrados habían conferenciado, habían discutido, y entonces, al final, habían decidido que Ferus no podía ignorar la llamada. Además, razonaron, podría descubrir cosas de Palpatine que podrían ser útiles en la inminente lucha contra él.

Era demasiado peligroso que sus amigos estuvieran cerca del Senado. Habían ido al escondite secreto de Dexter Jettster, cientos de niveles debajo de Coruscant. Si Ferus no regresaba ese día, irían a buscarle.

La cosa era que había pasado verdaderos apuros para escapar de una prisión imperial. No quería acabar en otra de nuevo.

—No rompo mis promesas —dijo Palpatine—. Podrás marcharte una vez que oigas mi propuesta. Espero que la aceptes, pero si no, la puerta estará abierta. Sin embargo, no tengo duda de que aceptarás.

Piénsalo mejor. No había ninguna forma de que Ferus ayudase al Imperio. Pero por el momento, mantuvo la boca cerrada.

—Dejaré que Moff Tarkin haga un breve informe, él ha estado en constante contacto con nuestro consejero imperial en Sath.

El hombre alto con la piel gris y el pelo oscuro dio un paso hacia adelante.

—Hemos recibido una petición de un planeta llamado Samaria a través de nuestro consejero imperial destinado allí —dijo él—. El gobernador samariano nos ha pedido que enviemos un emisario directamente de esta oficina para ayudarles. Su ordenador central para los sistemas de la ciudad de la ciudad capital de Sath ha sido infiltrado. Se ha introducido un fallo en el sistema que ha transferido información personal de un ciudadano a otro en un patrón aleatorio y así ha convertido los servicios bancarios, médicos, y sociales en un caos. No sólo eso, sino que los sistemas de la ciudad también están funcionando mal. ¿Conoce Samaria?

—He oído hablar de ella —dijo Ferus—. Nunca he estado allí. Sé que es un planeta desértico, completamente dependiente de la tecnología. Me imagino que este problema con el tiempo conduciría a fallas sistémicas principales.

—Excelente —dijo Palpatine—. Captas el concepto general completamente. Ya hay peligro de que el planeta se colapse en la anarquía.

Tarkin continuó en el mismo tono terso. —El fallo ha sido introducido tan ingeniosamente que nadie puede descubrir cómo eliminarlo. Cada vez que han tratado de arreglarlo, envía los programas en otra secuencia aleatoria. Si el planeta tiene que empezar de nuevo y reunir información de cada ciudadano, podría ser desastroso.

Tarkin dio un paso atrás, su momento en el foco había acabado. Parecía una presencia tan incolora... pero los instintos de Ferus le dijeron que tuviese cuidado.

—Puedes ver por qué he acudido a ti, Maestro Olin —dijo Palpatine—. Desde que has aparecido, he tenido ocasión de leer tu archivo. Tienes una historia impresionante desde que dejaste la Orden Jedi. Eres lo mejor de la galaxia en cuanto a seguridad informática.

—Yo no diría lo mejor.

—Yo sí.

En una vida anterior, Ferus había sido experto en sistemas informáticos y en codificación de identidades. Su compañía, Olin/Lands, había ayudado a la gente a desaparecer en nuevas vidas y había sido experto en medidas de seguridad y la creación de nuevos documentos de identificación.

Podía imaginar con cuantos problemas se encontraba el planeta Samaria. Pero eso no significaba que fuese a ser un agente del Imperio.

—Eras el más experto de la galaxia —continuó Palpatine—. Nadie más ha sido capaz de solucionar este problema. Tu trabajo será rastrear al saboteador a través del sistema y encontrar la clave que te llevará a descubrir quién hizo esto. Entonces el Imperio puede restituir la estabilidad del planeta. Después de todo, la estabilidad es la razón por la que comenzó el Imperio. Reinaremos durante un número incomparable de años pacíficos. Y siempre extenderemos una mano para ayudar a cualquier planeta que se encuentre en problemas.

Y si crees eso, crearás cualquier cosa.

—Comprendo su problema —dijo Ferus—. Desafortunadamente, no puedo ayudarle.

Bajo la capucha, la oscura mirada parpadeó.

—Me necesitan en otro sitio —continuó Ferus—. Ahora, ya que me aseguró que su salida estaba abierta, me marcharé.

—Si debes hacerlo. Dejadle ir —instruyó Palpatine a los Guardias Reales.

Ferus se encaminó hacia la puerta. Esperaba que en cualquier momento los Guardias le derribaran a una orden de Palpatine. No dudaría en usar su sable láser. Si tenía que morir allí, lo haría. De ninguna forma iba a volver a prisión.

—Sólo hay una cosa más que deberías considerar —dijo Palpatine.

Ferus se detuvo, sus ojos prendidos en la puerta y en la libertad. Aquí estaba. Debía haber sido un tonto por pensar si quiera por un segundo que Palpatine le dejaría ir.

—Probablemente no has escuchado las noticias. Tu socio, Roan Lands, ha sido arrestado.

Ferus sintió el nombre como una puñalada en el corazón. Su socio. Su amigo. Roan.

Aun así, mantuvo la mirada en la puerta. No le daría a Palpatine la satisfacción de ver su cara.

—Junto con una conocida tuya, Dona Telamark.

Dona, la cual le había escondido cuando los soldados imperiales estaban dándole caza. La cual no había pedido nada y le había dado todo. Era una mujer mayor, fuerte y robusta, que amaba su hogar en la montaña y su soledad. El pensamiento de ella en una prisión era desgarrador.

—Para ambos —dijo Palpatine elevando la voz—, se ha programado su ejecución.

Ferus intentó no temblar.

— ¿Por qué delito? —preguntó.

—Conspiración contra el gobierno de Bellassa.

Menuda broma. El gobierno de Bellassa estaba bajo la dominación del Imperio. Nadie sería tan tonto como para conspirar contra él.

La voz de Palpatine se rizó alrededor de su oído, gruesa y rancia. —Sin embargo, si pudieses liberarte de tus otros compromisos, yo podría solicitar indulgencia del gobierno bellassano. Quizá incluso clemencia.

Ahí estaba, el cebo.

Así de fácil. Zas. Estaba atrapado.

Había esperado un cebo. Pero no había esperado que fuese tan personal.

CAPÍTULO DOS

Atrapado.

Se había metido directamente en la trampa.

Tendría que aceptar la petición de Palpatine. No tenía alternativa.

Furioso, avanzó a zancadas por el pasillo que conectaba con el edificio principal del Senado. No podía creer que simplemente hubiese estado de acuerdo en trabajar para un Sith.

Se sentía disgustado consigo mismo, pero no veía otra salida, no si las vidas de Roan y de Dona estaban en juego. Ahora se dirigía a la plataforma de aterrizaje del Senado, dónde Palpatine había dispuesto una nave para él.

La multitud habitual de ayudantes senatoriales, asistentes, droides, y Senadores se arremolinaban a su alrededor. Los droides de lujo BD-3000 revoloteaban cerca de los Senadores, introduciendo cumplidos en los oídos y mullendo capas. Era una visión que recordaba bien de sus años en Coruscant.

Pero no tenía la misma sensación de discordia atareada que recordaba de veces anteriores. Una vez, allí había habido zumbidos de conversaciones y discusiones. Ahora había bloques de Senadores caminando con pasos cortos, sus ricos ropajes eran de colores brillantes. Sus cuellos, cuanto más largos mejor, estaban hechos de pelaje o seda tiesa y enmarcaban sus caras lustrosas y bien alimentadas. Les seguía una estela de asistentes, vestidos sólo con un tono menos extravagantemente que sus jefes. Ferus vio más despliegues de riqueza, y menos despliegues de deferencia. No parecía haber zumbidos atareados de trabajo importante siendo debatido.

El Senado había cambiado, y él no quería tener parte en ello.

Una nueva adición para el Senado era la constante presencia de droides buscadores Merodeador 1000. Podían ser asignados para rastrear cualquier individuo. Tenía la seguridad de que desde el momento que puso un pie fuera de la oficina de Palpatine, sus movimientos estaban siendo observados.

Ahora no tendría la oportunidad de llegar al escondite de Dex. Ni siquiera podría arriesgarse a usar su comunicador. Tenía que asumir que las transmisiones eran monitorizadas. De alguna manera tendría que encontrar un modo una vez que estuviera en Samaria. Tampoco podría confiar en la unidad de comunicaciones de la nave.

Atrapado.

Delante vio a un trabajador fregando el pasillo. Vestido con un mono amarillo brillante, el hombre se inclinó sobre la vibrofregona, poniendo tan poca energía en la tarea como le era posible. Su pelo oscuro estaba cubierto por un trapo que había anudado en las cuatro esquinas, y llevaba una máscara, sin duda para proteger sus pulmones de la respiración constante de los fuertes productos de limpieza. Movié la vibrofregona a lo ancho, y Ferus tuvo que apartarse para no tropezarse con ella.

—Lo siento, compañero —dijo el trabajador, y Ferus se percató con una agradable sacudida de que era Clive.

—Veo que por fin has encontrado tu vocación —murmuró Ferus. Se inclinó para fingir examinar un spray limpiador que había caído en sus pantalones—. Han arrestado a Roan y a Dona.

El merodeador zumbó en lo alto, y él siguió adelante. A pocos pasos vio un café, una de las muchas áreas de comida distribuidas bajo los salientes en los pasillos principales del Senado. Un camarero estaba limpiando una mesa, vestido con la túnica gris que llevaban los sirvientes. Ahora que estaba alerta, Ferus reconoció a Keets de inmediato.

Se detuvo en el mostrador y pidió una taza pequeña de zumo. Permaneció de pie, sorbiéndolo, mientras la fila avanzaba, escudándole momentáneamente del merodeador. Keets se acercó para escurrir la esponja en el fregadero cerca de Ferus.

—Me dirijo directamente a Samaria —dijo Ferus mientras se marchaba dando media vuelta.

Caminó pasillo abajo, dobló la esquina, y vio a un jovencito vendiendo el Sumario de Archivos Senatoriales. Aunque los droides cámara del Senado enviaban transcripciones oficiales directamente a los ordenadores de los Senadores, muchos de ellas todavía preferían recoger copias de duralamina del sumario, el cual resumía los acontecimientos de un día, hora por hora.

Esta vez, el muchacho del periódico era Trever, su pelo azulado estaba cubierto por una gorra con una visera que le tapaba la cara.

Ferus extendió una mano para coger el periódico. —Chantajeado para hacer el trabajo —dijo, lanzándole un crédito a Trever.

Fingió examinar el Archivo mientras caminaba, entonces lo lanzó en una papelería al lado de unos sanitarios. Pasó su mano sobre el sensor para entrar. El merodeador le siguió adentro. Era tan imposible quitarse de encima al droide como las babas de un bantha.

Se detuvo para lavarse las manos. Un asistente le pasó una toalla. Era Oryon, su amigo Bothan. Oryon había envuelto su poderosa constitución con un mono de trabajo y su exuberante melena con una gorra ajustada.

Se secó las manos. —Los sistemas informáticos fallan en Samaria —murmuró.

Salió andando. Sabía que se pasarían cada pedazo de información hasta que tuvieran una idea global de su dilema. A pesar de su apuro, su corazón estaba rebosante. Estaba rodeado de amigos. El Imperio buscaba a cada uno de ellos. Cada uno de ellos estaba en peligro por encontrarse allí. Pero estaban allí.

Ferus alcanzó la plataforma de aterrizaje. Vio a un piloto bebiendo una taza de té junto a los opulentos transportes personales de los Senadores. Era un svivreni delgado vestido con el uniforme de piloto. Era Curran Caladian, su peluda cara estaba pulcramente peinada, sus ojos brillantes cubiertos por la visera de su casco. Ferus pasó a su lado, fingiendo admirar un reluciente yate Nubian con un casco de cromium.

Acercándose más dijo —Iré a la ciudad de Sath. Me presentaré ante un consejero imperial.

Siguió adelante. La única de su tripulación que no había visto era Solace, pero no la esperaba. De todos sus amigos, era la más buscada por el Imperio. Todo el ejército imperial y las fuerzas de seguridad, así como la policía de Coruscant, estaban sobre aviso por ella. Había librado una batalla en el submundo de Coruscant, intentando proteger al grupo que había recogido en las cavernas de los océanos subterráneos. Ella personalmente había acabado con brigadas de soldados de asalto. Verdaderamente era demasiado peligroso para ella estar allí.

Un oficial imperial se encontró con él en la nave y le dijo que las coordenadas ya estaban introducidas en el ordenador de navegación. La nave no necesitaría repostar. No iba a detenerse en ninguna estación espacial. Le esperaban en Sath. Iba a aterrizar directamente en la plataforma de aterrizaje del primer ministro.

El oficial se marchó mientras Ferus se dirigía hacia la rampa. De repente otro piloto se acercó.

—No creas que vas a saltarte la línea de abastecimiento, colega —le dijo ella en un tono anodino—. Llevo esperando veinte minutos.

Era Solace. Se había camuflado tan bien que no creía que la hubiese podido reconocer si ella no hubiese dicho algo. Parecía más alta y más ancha. Llevaba puestos un casco negro y unos guantes hasta los sus codos, y botas altas.

—Tengo toda la información —le dijo rápidamente—. Llevaré a Trever y a Oryon a Bellassa para rastrear a Roan y a Dona. Trever está al tanto de lo que pasa allí. Keets y Curran se quedarán en Coruscant y buscarán información. Clive te seguirá hasta Samaria.

Sus tranquilos ojos oscuros encontraron los suyos por un momento. —Encontraré a Roan y a Dona. Los pondré a salvo —Era una promesa, de un Jedi a otro Jedi. No lo dijeron, pero sus miradas enviaron el mensaje: Que la Fuerza te acompañe.

Ferus se giró y subió por la rampa. Momentos después, la nave salió disparada hacia las vías espaciales. Se dirigió hacia el anillo de hiperimpulso, y se fue.

CAPÍTULO TRES

Samaria era un pequeño planeta en el diminuto sistema de Leemurtoo, en un área estratégica de los Mundos del Núcleo. Después de recibir permiso para aterrizar, Ferus sobrevoló la ciudad de Sath para tener una vista aérea.

Los samarianos habían confeccionado una bahía enorme que se canalizaba en grandes vías que corrían a través de la ciudad. A lo largo de los bordes de la bahía, los ingenieros habían construido dedos de arena blanca que se extendían hacia el agua color verde mar, formando diseños florales. En estos dedos se encontraban los edificios más exclusivos, principalmente residencias y oficinas para ricos. Los edificios estaban coronados por cúpulas que competían para conseguir la atención, cada uno con sus propios colores ricos e incrustaciones metálicas.

El complejo de edificios que comprendían el tribunal real de Samaria ocupaba toda una flor, formada por diez largos pétalos con brillantes edificios blancos construidos con sintopiedra.

Ferus decidió ignorar sus instrucciones de aterrizar en la plataforma privada del primer ministro de Samaria. En lugar de eso se dirigió hacia el espaciopuerto principal de Sath. Siempre podría fingir ignorancia, y quería conseguir una sensación de la ciudad por sí mismo, antes de que le diera un breve informe algún funcionario imperial o del gobierno.

“Arranque lógico”, lo había llamado su Maestra, Siri Tachi. Significaba poner los pies en el suelo, mirar a tu alrededor, y obtener una sensación por ti mismo, en lugar de confiar en los datos que te daban.

Después de aterrizar, activó la rampa y recibió una oleada de calor del aire seco. Fue a registrarse con el jefe de atraque, un samariano que le despidió con un gesto. —Ya ha sido autorizado. El espaciopuerto está cerrado para todos los vehículos excepto los que tienen registro imperial —dijo él. Se giró hacia el montón de registros de duralamina en su escritorio—, no puedo creer que tenga que hacer esto sin un ordenador —masculló.

—¿Por qué simplemente no esperáis hasta que los datos estén listos y funcionando de nuevo? —preguntó Ferus.

El samariano alzó la mirada y pestañeó con sus humildes ojos azules. —Pero entonces estaría retrasado.

—Cierto —dijo Ferus. Reconocía a un burócrata dedicado cuando veía a uno.

—Baje en el turboascensor hasta los niveles de la ciudad. Si coge un aerotaxi, pondrá su vida en sus manos. Las vías espaciales son ahora un todos contra todos. No hay controles en absoluto.

Ferus asintió y caminó hacia el turboascensor. Descendió hasta el nivel principal de Sath. Era una ciudad de tres niveles, con edificios de diversos de tamaños que perforaban a través de los niveles de la calle principal. Dispuesta en cuadrícula, tenía numerosas vías para que los peatones navegasen con turboascensores, rampas móviles, y transportadores que podían llevar hasta cuarenta personas a la vez. Todos los pasillos tenían sistemas de refrigeración y estaban oscurecidos para protegerlos del ardiente sol. Muchos edificios estaban conectados por pasillos cubiertos en diversos niveles. Era posible recorrer caminando toda la ciudad sin salir afuera. Las fuentes habían sido diseñadas para refrescar el aire pero ahora estaban apagadas, sin duda a causa del fallo del sistema de la ciudad.

Ferus fue caminando y montando en un transportador repulsor alternativamente. Vio desorden en todas partes. Obviamente el fallo del sistema había afectado a todo. La gente estaba angustiada, arremolinándose, manteniendo conversaciones afligidas y esperando desesperadamente en largas filas. Considerado altamente adelantado, el sistema en Sath no usaba créditos físicos, confiando en ordenadores para registrar cada transacción, desde una taza de té hasta la compra de un deslizador. Ahora había largas colas en bancos, clínicas, y tiendas de alimentación. Sathanos frustrados atestaban las calles, confiando en el trueque para obtener lo que necesitaban.

Los sistemas de alumbrado funcionaban a media potencia. Enormes videopantallas que una vez habían difundido noticias e información estaban en blanco. Las rutas aéreas estaban enredadas con tráfico.

Podía sentir el pánico en el aire. Ésta era una sociedad que estaba a punto de salir girando fuera de control.

Ferus terminó su viaje en el espacio de una bahía verde azulada. Saltó a un trasbordador repulsor para llegar hasta el enorme intervalo con forma de flor, donde se encontraban las residencias del gobierno. El calor era como el disparo de un lanzallamas mientras bajaba por el vacío bulevar.

Llegó a la puerta del palacio y permaneció ante la videopantalla, entonces se percató de que no funcionaba. Miró a su alrededor buscando un botón que pulsar o un dispositivo de comunicación que activar, pero sólo encontró el liso muro de piedra de la puerta.

Entonces se abrió deslizándose y él se quedó mirando el cañón de un rifle láser. El soldado estaba vestido con un uniforme color arena. —Exponga sus asuntos.

—Ferus Olin. Me están esperando.

El soldado comprobó una duralamina. —Por aquí.

Ferus le siguió hacia la entrada del palacio. Fue una enorme estructura blanca y desparramada, con siete cúpulas incrustadas con piedra del color del mar. Se habían cortado planchas enormes de piedra y se habían colocado en un llamativo patrón en el suelo de la entrada. Las luces estaban colocadas en preciosos globos de cristal azul.

Ferus siguió al soldado hasta un área de recepción en la que había largos y bajos asientos con cojines tapizados. Él permaneció en pie en el centro del suelo enlosado, un mosaico de un mapa de Sath. Miró hacia abajo y reflexionó sobre lo frágil que podría ser una ciudad poderosa.

Esperó durante quince minutos, hasta que se percató que le estaban haciendo esperar deliberadamente. Extraña manera de tratar a un emisario del Emperador. Hace mucho tiempo había aprendido, no de Siri, la cual podía ser muy impaciente, sino de Obi-Wan, que parte de la diplomacia era no irritarse si te hacían esperar, sino usarlo en tu beneficio. Así que utilizó el tiempo para estudiar el mapa de Sath y memorizar los distritos y bulevares principales.

Por fin las puertas se abrieron y un hombre alto con pelo gris entró. Estaba vestido modestamente con una túnica oscura y unos pantalones, y Ferus se sorprendió cuando se presentó como primer ministro de Samaria, Aaren Larker. Había esperado a alguien vestido con ricos ropajes, alguien que encajaría con estos opulentos alrededores.

—Lamento haberle hecho esperar —dijo Larker—. Estaba en una conferencia con el consejero imperial. Llegará en un momento. Asumo que fue informado en Coruscant.

—Fui informado por el propio Emperador —reveló Ferus.

—El Consejero Imperial Divinian está aquí para supervisar la búsqueda del saboteador —dijo Larker—. Debe trabajar estrechamente con él.

Ferus inclinó su cabeza. No tenía intención de trabajar estrechamente con nadie.

—Divinian —dijo él—. ¿Es Bog Divinian, el antiguo senador de Nuralee?

Larker asintió.

Ferus estaba sorprendido. Había conocido a Bog Divinian antes de las Guerras Clon, cuando él todavía era un Pádawan. Bog se había casado con una amiga de Obi-Wan, Astri Oddo, pero Ferus había perdido el rastro de ambos cuando había dejado la Orden Jedi. Bog había caído en desgracia después de que hubiese conspirado para arrebatar el control del Senado al Canciller Palpatine. Había sido expulsado de su oficina y despreciado por su propia gente. Qué extraño que el Emperador le permitiera conseguir un título tan alto, cuando Bog había conspirado una vez para derrocarlo.

Las puertas se abrieron de nuevo. Ahora Ferus se dio cuenta por completo por qué le habían hecho esperar. Bog quería asegurarse que Ferus sabía que si bien él había sido enviado por el Emperador, era Bog el que estaba al mando.

—Ah —dijo Bog, como un saludo. Tendió una mano pero no se movió. Ferus tuvo que dar un paso hacia adelante para saludarle. Bog vestía la túnica gris que llevaban la mayoría de los funcionarios imperiales para hacer juego con los trajes de soldado. Sobre eso, se había puesto una capa azul marino bordada con hilo de oro. Había envejecido desde que Ferus le vio por última vez, hacia diez años en los Juegos Galácticos. Su pelo estaba teñido de negro, y su cara florida ahora era más ancha. Su abdomen se había engrosado y su pelo había clareado.

—Ferus Olin —dijo—. Bienvenido a Samaria. Confío que encontró al Emperador con buena salud.

Ferus no creía que "buena salud" describiera al Emperador bajo ninguna circunstancia, pero asintió de todas formas.

—El gobierno de Samaria pidió nuestra ayuda —dijo Bog, replegando sus manos y adoptando una expresión grave—. Naturalmente el Imperio se dio prisa en extender una mano. Yo soy esa mano —dijo pomposamente.

Lo que supongo que me convierte en un dedo, pensó Ferus. Pero mantuvo la boca cerrada. Era importante tener a Bog a su favor, al menos por ahora.

—Aquí el primer ministro parece haber perdido el control de su planeta —continuó Bog en un tono jovial—. ¿No es así, viejo amigo?

Ferus vio el rubor de la molestia en la cara del aludido. El desprecio en el tono de Bog dejó claro otra vez quien estaba al mando allí.

—Qué amable por su parte elevarme a la categoría de viejo amigo cuando nos hemos conocido hace tan poco tiempo —dijo Larker en un tono educado. Ferus se esforzó por oír el sarcasmo en él pero no pudo encontrar ninguno. No obstante sabía que estaba allí.

—Un amigo en la necesidad, ciertamente —continuó Bog. Se giró y le dirigió la palabra a Ferus—. Se suponía que aterrizaría en el palacio —dijo.

—No era consciente de que seguía órdenes —contestó Ferus.

Bog clavó los ojos en él de forma inexpresiva por un momento, luego dejó escapar una risa creciente. — ¡Ni más ni menos! ¡No está en el ejército imperial! Así que supongo que tiene sentido rechazar el consejo de los que saben más. Las vías espaciales son peligrosas en Sath.

—Caminé —dijo Ferus.

Esto provocó una mirada incrédula de Bog. — ¿Con este calor? ¡Supongo que no es consciente que Samaria es un planeta desértico, ha-ha!

Ferus se estaba aburriendo con los intentos de Bog de ponerlo en su lugar. Se volvió hacia Larker. — ¿Ha tenido muchos problemas con el incumplimiento de la ley?

Aliviado por que se consultaba su experticia, Larker sacudió la cabeza. —Todavía no, pero por supuesto eso nos preocupa. Hasta ahora los sathanos están haciendo todo lo que pueden en tan dura situación.

—Sí, veo que están estableciendo un sistema de trueque —dijo Ferus.

—Estamos trabajando para establecer valores aprobados por el gobierno —dijo Larker—. De ese modo, todo estará claro, y la gente será capaz entender cómo conseguir comida y combustible. Ese es nuestro trabajo más importante por el momento. El saboteador no ha dejado huella en el sistema. Cada vez que entramos para intentar arreglarlo, algo más funciona mal. Un día tendremos funcionando nuestro transporte, o nuestras vías espaciales monitorizadas, y entonces al siguiente estarán desconectados de nuevo.

Ferus asintió. —He visto este tipo de problema antes. Si el saboteador es lo suficientemente listo, puede ser extraordinariamente difícil arreglarlo.

—Estoy seguro de que podremos descubrirlo —dijo Bog, obviamente molestó por haber sido apartado de la conversación—. Entonces pondremos todo bajo control.

Todo bajo su control, se dio cuenta Ferus. Ésta sería una prueba para Bog. Ferus arreglaría el problema, Bog se llevaría el mérito, ascendiendo en la jerarquía imperial, y sería el auténtico poder del planeta. Era un plan transparente, y lo divertido era que aunque Ferus era consciente de eso y Larker indudablemente también, Bog seguía pensando que su plan estaba envuelto en misterio. No había nada peor, pensó Ferus, que un hombre tonto que estaba convencido de su ingeniosidad.

Pero no podía subestimar a Bog. Sabía por experiencia que la combinación de agresividad y ambición podía crear un ser peligroso. Especialmente con todo el poder del Imperio detrás de él.

Ahora Ferus se percató de por qué le habían enviado allí. No se trataba de ayudar a un planeta, no es que hubiera creído eso en primer lugar. La presencia de Bog allí y la forma en la que trataba a Larker lo dejaban claro: Se trataba de tomar el control de Samaria. Si Ferus arreglaba su sistema informático central, estaría dándoles a los imperiales el método para controlar el planeta al completo.

CAPÍTULO CUATRO

El espaciopuerto de la ciudad de Ussa en Bellassa estaba estrechamente controlado por el Imperio. Todas las llegadas y salidas eran monitorizadas. Ya que Trever era buscado en su planeta natal, necesitaba llegar con documentos falsos de identidad.

Gracias a las estrellas y a los planetas, pensó Trever, por Dexter Jettster. Había resultado ser un aliado crucial para ellos. Formaba parte de los Borrados en Coruscant, uno de esos que habían eliminado completamente sus identidades para esconderse de la seguridad imperial. Dex ahora vivía en el Distrito Naranja en Coruscant, con acceso a los mejores ladrones de identidad que el planeta podía ofrecer... y eso decía algo.

Le había llevado a Dex menos de una hora reunir lo que necesitaban. Les había dado documentos de texto, créditos y un guardarropa, todo lo que necesitaban para aparentar ser un grupo viajando a Bellassa por sus famosos tratamientos de relajación. Solace sería una mujer rica, Trever su hijo, y Oryon su guardaespaldas.

Para sorpresa de Trever, la práctica Solace había estado de acuerdo con el engaño, poniéndose sin esfuerzo la capa ribeteada en piel y las coloridas botas de aurodium de una mujer rica. “Algunas veces es mejor no moverse furtivamente cuando te cueles —dijo Solace—. Haz tanto ruido como puedas, y nadie te dedicará una segunda mirada”

Ahora Solace permanecía en pie en lo alto de la rampa de la nave estelar con casco de cromium que Dex había pedido prestada para ellos a un amigo rico. Estaba resplandeciente con su rica túnica de chaughaine color rubí. El cuello negro de piel se desplegaba alrededor de su angulosa cara. En lugar del desaliñado guerrero al que estaban acostumbrados, parecía espectacular y regia. Trever llevaba puesta una gorra ajustada hecha de algún material caro que picaba.

No podría suprimir un pequeño temblor de nervios mientras esperaban para ser registrados por la seguridad bellassana. Después de todo, era buscado en este planeta. Había robado un trineo gravitatorio y se había hecho pasar por un trabajador de la lavandería para poder sacar a Ferus de una prisión imperial. Su imagen había sido captada en una videopantalla. Podían ponerse pesados con cosas como esa.

Dex se había asegurado que él estaba adecuadamente disfrazado. Él llevaba puesta una gorra, y una visera grande le cubría los ojos y la mayor parte de la nariz, una moda entre los jóvenes ricos coruscanti.

Solace creó una agitación a su alrededor, ordenando a los oficiales de seguridad que se apresurasen, e incluso pidiéndole a un cabo que le llevase su equipaje. Rápidamente se estableció como una presencia que tenía que ser aplacada. Los oficiales de seguridad se apresuraron a dejarles pasar, llevándoles rápidamente hasta el frente de la fila y luego cotejando rápidamente sus documentos de identidad con su lista de aquellos buscados por el Imperio. Trever intentó mostrarse aburrido, como si estuviese acostumbrado a ser observado y a pasar controles de seguridad.

El oficial miró sus documentos con ojo escéptico. — ¿Está aquí por los tratamientos de relajación? ¿No ha escuchado nada sobre los disturbios?

—Vine aquí por el descanso, no por los disturbios —dijo Solace de forma arrogante—. Y tengo intención de encontrarlo. No voy a dejar a algunos alborotadores se interpongan entre yo y mis tratamientos de frotación de sal con láser.

El oficial le devolvió los documentos. —Simplemente no salgan solos.

—Por eso tengo a mi guardaespaldas —chasqueó ella.

Les dejaron pasar.

El corazón de Trever estaba desbocado en su pecho. No era sólo el miedo de ser cogidos. Era por estar en Bellassa otra vez.

Cuando dejó su planeta natal, no había querido regresar. Colarse en la nave de Ferus era una forma de escapar de un lugar que sólo guardaba malos recuerdos. Su madre, su padre, y su hermano habían muerto allí.

Cuando habían sido una familia, siempre habían estado juntos, yendo a conciertos en el teatro de Ussa y a competiciones exteriores, o jugando al laserball en muchos parques. Casi cualquier esquina podría golpearle repentinamente con un recuerdo. Había disfrutado ser parte del mercado negro, porque quería decir que podía permanecer en un cuadrante que le era poco familiar, aventurándose raramente en los barrios que había conocido.

Pero aquí había aire bellassano y luz bellassana, y le eran tan familiares como su piel. El hogar. Peleó contra el concepto, pero ahí estaba.

Otro oficial de seguridad se apresuró a pedirles un aerotaxi. Entraron, y Solace le dijo al conductor que los llevase al Eclipse, el hotel más exclusivo de Ussa. Trever había vivido en Ussa toda su vida y nunca había estado en el interior.

Cuando llegaron al hotel, continuó el servicio extraordinario. Su equipaje fue despachado, y el registro se realizó en cuestión de segundos. Pronto entraban en un turboascensor de transpariacero que les llevó rápidamente hasta el piso doscientos dos.

Trever dejó escapar un incrédulo grito de alegría tan pronto como los portadores les dejaron solos. Ahora tenía una vista completa de Bellassa. En este día despejado, podía ver claramente los siete lagos, las sinuosas carreteras, y los edificios rosados y azules en la clara y suave luz.

— ¿Podemos quedarnos aquí para siempre? —preguntó. Estaba bromeando, por supuesto. Pero en lo profundo de su interior sentía una conexión con este mundo. No había estado mal marcharse, pero parecía mal quedarse aparte.

—Sólo un día —dijo Solace—. Tal vez menos, si descubren que el número de cuenta que les di era falso. Dex dijo que tenemos aproximadamente ocho horas hasta que se aparezca en blanco.

—Movámonos —dijo Oryon.

— ¿Qué, nada de servicio de habitaciones? —preguntó Trever con una sonrisa.

Se vistieron con ropas menos vistosas y cogieron el turboascensor de vuelta hacia abajo, saliendo por una puerta lateral. Trever les dirigió por los bulevares. Su ciudad natal de Ussa había cambiado en el poco tiempo que había estado fuera. Las fuerzas imperiales habían reprimido con fuerza a la ciudad después de que ésta se hubiese alzado en resistencia pasiva contra ellos. Los soldados de asalto estaban en todas las calles. Los controles de seguridad se habían establecido en las esquinas.

Pasaron por un café donde Trever y su familia solían ir los fines de semana. El camarero solía darle dulces especiales. Ahora los oficiales imperiales atestaban las mejores mesas...

Apartó la mirada.

—Es una vista lamentable —dijo Oryon.

Trever se encogió de hombros. —Ésta nunca fue mi parte favorita de la ciudad, de todas formas.

Oryon le dedicó una rápida mirada, sus oscuros ojos perforando. Trever sabía que no le había engañado ni un poco.

Siguieron adelante, con Trever dirigiéndolos a través de las sinuosas calles. Era fácil perderse en Ussa si no eras un nativo. La presencia de las tropas de asalto se hizo menos frecuente, y sin embargo algunos droides merodeadores pasaban ocasionalmente sobre ellos, debían haberlos configurado para la vigilancia general, pues siempre se movían hacia adelante. Programados para intimidar más que para rastrear.

Trever conducía a Solace y a Oryon hacia el escondite de Los Once, el ahora famoso grupo de resistencia. Todo el mundo en Bellassa conocía a Los Once, pero no muchos sabían cómo encontrarlos. Les pusieron ese nombre por el grupo central que había comenzado un movimiento de resistencia al poco tiempo de la declaración del fin de la República. Roan y Ferus habían sido dos de sus fundadores.

Los imperiales habían establecido rápidamente una guarnición en Bellassa, y las objeciones de los nativos fueron respondidas con fiera opresión y arrestos masivos. El número inicial de once miembros en el grupo había crecido hasta ahora, se rumoreaba que eran cientos.

El padre de Trever había conocido a Arnie Antin, una doctora que trataba a los miembros de Los Once. Trever había sido uno de los pocos a los que se les permitía entrar en su escondite original. Sabía que su padre y su hermano se habrían unido a Los Once si no hubiesen sido asesinados por los imperiales durante una protesta pacífica.

Los Once habían escogido su escondite cuidadosamente, pero no estaba lejos. El bloque era como todos los demás, ni demasiado ocupado ni tampoco desierto. Su casa parecía como las otras casas familiares del bloque.

— ¿Es esa? —murmuró Solace mientras se acercaban—. Estamos en medio de un barrio ordinario.

—Esa es la cuestión —dijo Trever—. Los ussanos son increíblemente leales unos con otros. Los Once dependen de eso. Incluso si un vecino sospechara algo, morirían antes de traicionarlos.

— ¿Cómo entramos? —preguntó Oryon.

—Vamos por la puerta de atrás.

Trever les llevó a través de una puerta que, sorprendentemente, no estaba cerrada. El camino les condujo hasta un área trasera pavimentada con una mesa y sillas. Más allá del área de las sillas había una pared sin puerta. Trever se plantó delante de ella durante un largo minuto.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó Solace.

—Dejándoles que me vean. Arnie Antin me conoce. Wil también. Me dejarán entrar, incluso con dos desconocidos.

—La confianza de los ussanos —dijo Oryon.

—Exactamente.

Parte de la pared se deslizó hacia atrás, y vieron una rampa que descendía. La abertura era lo suficientemente grande como para permitir el paso de un deslizador. Siguieron a Trever mientras descendía, y se encontraron en un área pequeña donde guardaban vehículos. Una puerta en el extremo más alejado se abrió y una mujer adorable de mediana edad con el pelo muy corto y blanco y los ojos oscuros caminó hacia adelante, sonriendo.

—Trever. Desapareciste. ¿Debo preocuparme siempre por ti?

—Lo siento, doctora Antin. Decidí embarcarme y ver la galaxia.

Arnie sacudió la cabeza. —Bueno, puede que esa no sea tan mala idea, considerando cómo están las cosas por aquí. Me alegro de ver que estás bien.

—Mis amigos y yo estamos aquí para ayudar a Roan y a Dona.

—Lo suponía. La ayuda nos vendrá bien. Entrad.

Arnie les llevó adentro hasta un pequeño cuarto interior. Wil estaba sentado ante una pantalla de datos. Trever vio que había estado monitorizando el patio trasero y la calle, muy probablemente para asegurarse de que no les seguían.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Trever, mirando a su alrededor.

—Nos hemos desbandado por el momento —dijo Wil—. Se han dispersado por la ciudad. Los imperiales no han logrado doblegar a Ussa del todo, pero la represión es peor cada día. Están determinados a controlar el planeta. Así que nos han dejado sin trabajo —contempló a Solace y a Oryon con educada curiosidad—. ¿Qué os trae a Ussa? —preguntó.

Trever presentó a Solace y a Oryon. —Oímos que Roan y Dona fueron arrestados —dijo él—. Ferus nos envió. Él está bien, pero no puede venir.

—¿Tenéis alguna noticias sobre dónde podrían haber llevado a Roan y a Dona? —preguntó Solace.

—No muchas, y lo que sabemos no es bueno —respondió Wil—. Sabemos que les llevaron a bordo de una nave. Hemos oído rumores a través de nuestra red de espionaje de que la nave sirve como centro de detención y también como tribunal, a fin de que los presos políticos no sean juzgados en sus planetas natales o de hecho en ninguna parte donde puedan reunir apoyo. Son juzgados y sentenciados en el espacio, luego les llevan directamente a un mundo prisión. El Imperio puede alegar un juicio justo pero mantiene todo oculto.

—El plan para la nave es viajar constantemente a través de la galaxia, recogiendo presos políticos —explicó Arnie—. Tenemos todos nuestros recursos trabajando en ello, pero no tenemos idea de su posición actual.

Trever sintió que perdía los ánimos. Si Roan hubiese estado en Bellassa, habrían ideado una forma de llegar hasta él. Pero la galaxia es un lugar muy grande.

—¿Sabéis desde dónde partió la nave? —preguntó Solace.

Wil asintió. —Desde la plataforma de aterrizaje imperial principal. Reconstruyeron un transporte corelliano YT. Se llama el *Verdadera Justicia*.

—Sólo hay una forma de encontrarla —dijo Solace—. Tenemos que infiltrarnos en la plataforma de aterrizaje y acceder a su sistema de rastreo.

Repentinamente la pantalla de Wil comenzó a pitar. Todo el mundo la miró alarmado.

Un escuadrón de soldados de asalto marchaba por el centro de la calle, dividiéndose en grupos de cinco para investigar cada casa.

—Inspección casa por casa —explicó Wil—. La nueva política. Eligen cuadrantes aleatorios de la ciudad. Sólo es mala suerte —se volvió hacia Arnie—. Tendremos que ejecutar el plan de abandono.

Arnie asintió.

Wil se volvió hacia los otros. —Os sacaremos, pero tenemos algunos procedimientos que hay que seguir.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Solace.

—Gracias por la oferta, pero habremos terminado exactamente en cincuenta segundos. Lo hemos cronometrado.

Trever observó como Wil tocaba rápidamente la pantalla, apagando todo calor y la luz de la casa. Arnie se apresuró a lanzar grandes cobertores para el polvo sobre el mobiliario.

—Esperamos engañarlos —le dijo a Trever—. Pensarán que los dueños están ausentes.

Wil cerró la casa en unos pocos segundos. Vaciló un momento. —Tengo que borrar los archivos del ordenador —dijo él—. Tenemos que dejar todo al descubierto, para que parezca que no tenemos nada que esconder —con un suspiro, presionó la tecla que eliminaba la información del ordenador de la casa—. Lo único que queda son transacciones normales.

Los soldados de asalto estaban en la casa de al lado. Estarían allí en menos de un minuto.

Bajaron rápidamente por la rampa hasta el hangar. En lugar de coger uno de los deslizadores, sin embargo, Wil accedió a un panel escondido en la pared. Se deslizó hacia atrás, y él esperó mientras los demás pasaban a través. Estaban en un pequeño túnel. El suelo se inclinaba hacia abajo y entonces hacía una curva muy cerrada.

—Saldremos a la calle detrás de la casa —murmuró Wil—. Cuando entren en nuestra casa, no encontrarán nada.

—¿No sospecharan por el muro falso de la parte de atrás? —preguntó Solace.

—Sólo si lo encuentran. Sólo tenemos que esperar que no sospechen tanto como para revisar la parte de atrás.

Llegaron a otra pared lisa. Wil ondeó su mano sobre un sensor escondido. La pared se deslizó hacia atrás y ellos salieron rápidamente a la tarde fría y gris. Estaban en un callejón que corría detrás de una pequeña plataforma de aterrizaje que era compartida por el barrio. Wil les hizo un gesto, y le siguieron hacia el hangar desierto.

—Guardamos un vehículo aquí, por si acaso —dijo él—. Creo que es buena idea salir de este cuadrante —Se dirigían hacia el vehículo cuando cinco soldados de asalto entraron repentinamente. La cabeza del líder se giró hacia ellos. —Documentos de identificación —ordenó con su voz metálica.

—¿Qué deberíamos hacer? —murmuró Arnie—. ¿Inventar algo para escapar?

—Si os encuentran con extranjeros eso podría comprometeros —dijo Oryon.

—Nada de conversaciones —espetó el soldado de asalto. El resto de soldados de asalto fueron hacia ellos.

—Puedo encargarme de esto —dijo Solace.

—Hay un escuadrón entero —dijo Arnie.

—No te preocupes, no está bromeando —dijo Trever. Los soldados de asalto alzaron sus blásters.

Solace se movió. Extendió una mano y la Fuerza se estrelló contra los dos primeros dos soldados, lanzándolos hacia atrás. Los soldados estantes corrieron hacia el grupo, pero Solace ya estaba moviéndose, balanceando su sable láser en un arco limpio que decapitó a tres de un solo golpe. Dio una patada, se agachó rápidamente, y giró en un círculo completo acabando con el líder y el soldado restante.

Wil sonrió. —No nos dijiste que eras un Jedi.

Solace enganchó sable láser en su cinturón. —No lo preguntaste.

—Salgamos de aquí —dijo Arnie—. Aparecerá otro escuadrón dentro de nada.

Todos ellos se metieron en el deslizador. —Deberías ocultarte durante un tiempo —dijo Wil, saliendo disparado del hangar y alejándose de la búsqueda casa por casa—. Cuando encuentren a los soldados de asalto, cerrarán la ciudad.

—Buen consejo, pero no tenemos tiempo para ocultarnos —dijo Solace—. Llévanos a la plataforma imperial de aterrizaje.

CAPÍTULO CINCO

Ferus ya llevaba horas en el centro de sistemas informáticos de la ciudad. La sala zumbaba con las pantallas y los intrincados paneles, todos controlados por un droide gigante conocido como Plataforma-7. Era una variante de un droide computadora BRT, grande como una habitación, construido especialmente para dirigir Sath. Allí se monitorizaba todo lo que tenía que ver con las funciones de la ciudad: vías espaciales, iluminación, parques y fuentes públicas, el tendido eléctrico y los sistemas de crédito de todos los negocios. Cuando el centro funcionaba adecuadamente, era fácil vivir y trabajar en Sath. Ahora que funcionaba mal, era casi imposible adivinar dónde estaba el fallo y cómo se había producido.

Bog se había quedado poco tiempo, ansioso por que Ferus solucionase el problema. Se había aburrido rápidamente y se había marchado, con la orden cordial de que contactara con él tan pronto como hubiese encontrado el problema.

Ferus no estaba más cerca ahora de encontrar dónde se había originado el gusano de lo que había estado cuando llegó. Miró fijamente las pantallas llenas del flujo de código, sus ojos ardían. Había esperado ingeniosidad, pero esto era diabólico.

Normalmente, los ladrones informáticos no podían evitar dejar huellas, pequeñas excentricidades de código que podías seguir si sabías lo que buscar. Alguna conducía hacia callejones sin salida, pero al final era capaz de seguir el código hasta la fuente. Esta vez no.

Ferus se apartó de la consola y cerró los ojos. Ésta era una cuestión en la que la Fuerza no podría ayudarle. Tenía la sensación de que estaba manejando esto de forma equivocada. No podría usar ninguno de sus viejos métodos. Tenía que pensar en una nueva manera.

El motivo. ¿Por qué desbarataría nadie toda una ciudad?

Lo primero que pensó fue que intentarían robar una gran cantidad de créditos del Banco de la Ciudad, donde se registraban todas las transacciones y se depositaba toda la riqueza. Pero ese área estaba bien. No se había hecho ningún intento. Se preguntó si algún ciudadano habría intentado evitar pagar los pesados impuestos que la mayoría de sathanos pagaban para vivir en una sociedad que funcionaba tan perfectamente, donde se satisfacían todas sus necesidades. Pero si ese fuese el caso, no había manera de rastrearlo. Junto con los registros de nacimientos y muertes, los registros de impuestos eran un caos.

Tal vez los culpables trataban de ocultar algo. Tal vez era venganza. Ferus dio vueltas en su silla, intentando pensar. Sin el conocimiento detallado de la sociedad sathana, no podría comenzar a descifrar motivos emocionales. Era renuente a tomar esa ruta hasta que tuviera que hacerlo. Abordaría el problema en su fuente.

De repente una idea le hizo ponerse recto.

Ferus pensó un momento, entonces escribió un intervalo de fechas, pidiendo registros de la ciudad para compra de vehículos.

Comprobando, contestó la computadora.

El motivo no tenía importancia. Quienquiera que hizo esto tuvo que salir del planeta. Ferus tenía una corazonada. El Imperio había cerrado el espaciopuerto en un tiempo récord. ¿Y si el saboteador había intentado marcharse pero estaba atrapado en Sath?

Si su suerte estaba con él, los nombres de inscripción aparecerían. La naturaleza aleatoria del problema significaba que algunos sistemas todavía funcionaban, mientras nadie los comprobaba. Tendría unos segundos, eso es todo.

En pocos minutos, apareció una larga lista de nombres en la pantalla.

Ferus pulsó los botones para imprimirla, pero en respuesta su pantalla escribió: *Lo siento, no es posible.*

Era la misma respuesta que había estado obteniendo toda la mañana. En ese momento, estaba imaginando que oía arrepentimiento en el tono blando y agradable del ordenador.

Tendría que memorizar los nombres, y rápido.

Bog asomó su cabeza por la puerta. —¿Algún progreso?

—No —contestó Ferus brevemente. Se movió a través de los nombres, intentando memorizarlos. Era similar a un ejercicio del Templo de cuando era un Pádawan. Pero temía que su mente había sido más afilada cuando era un niño. Distraído, se movió a través de la lista otra vez.

Bog entró y leyó por encima de su hombro. —¿Los Registros de Petición de Compra de Vehículos? ¿Qué tiene que ver esto con lo demás?

Los nombres comenzaron a reptar y a deslizarse fuera de la pantalla, un signo claro de que si bien había podido acceder a ellos, otra parte del sistema estaba desmoronándose ahora. Nada, y todo —le dijo Ferus a Bog—. Tengo que comprobar cada componente de los registros de la ciudad para ver si puedo encontrar el problema oculto. —Los nombres desaparecieron de repente y la pantalla se puso negra. Ferus pulsó algunas teclas.

Sistema de recogida de basura fuera de servicio, advirtió la pantalla.

La cara de Bog se puso roja. —¿Se supone que está arreglando el sistema, no empeorándolo!

Ferus se encogió de hombros. Bog se marchó. Ferus le dio la espalda al caos codificado en su pantalla. Tenía los nombres en su cabeza. Ahora todo lo que tenía que hacer era comprobarlos con otras referencias. Pero no podría hacerlo allí.

Saltó de su asiento y se dirigió hacia la puerta, ondeando su mano sobre el sensor mientras se movía de tal manera que saltó a través de las siseantes puertas mientras se abrían, sorprendiendo a un soldado de asalto en el exterior.

El soldado de asalto dijo bruscamente, —Contactaré con Bog Divinian por usted, señor. Acaba de salir. Puedo...

—No es necesario —dijo Ferus—. Volveré.

Dejó el enorme Complejo Administrativo de Sath y se sumergió en uno de los bulevares principales. Aunque Sath era una ciudad inmensa, ya estaba familiarizado con su diseño. La plataforma principal de aterrizaje estaba a menos de un cuarto de kilómetro. Podía sentir un droide buscador detrás de él, sin duda rastreándole, pero no le importaba. Habría un momento en el que se desharía de su vigilancia, pero aún no había llegado.

Se metió de un salto en un turboascensor y apretó el botón de la plataforma de aterrizaje. Salió y encontró al mismo oficial sathano en la Oficina del Jefe de ataque. Estaba copiando nombres de las duraláminas apiladas en su escritorio.

—¿Se marcha ya? No le culpo.

—Necesito información. El día que el saboteador apareció —dijo Ferus—. Cuando los imperiales cerraron el espaciopuerto, ¿Cuántos tenían programada la partida?

—Trescientos veintisiete —dijo, sin buscarlo.

—¿Cuántos pidieron un reembolso del impuesto de salida? ¿Lo ha tabulado?

—Casi todo.

— ¿Puedo verlo?

El oficial buscó entre los papeles y le tendió unos cuantos a Ferus. Él los hojeó rápidamente. Inmediatamente descubrió los nombres de aquellos que no solicitaron un reembolso del considerable impuesto de salida.

El reintegro era una cantidad considerable de créditos. No muchos rechazarían la oportunidad de recibirlo.

Memorizó los cinco nombres. Un paso más y estaría seguro.

Dándole las gracias al oficial, volvió rápidamente al turboascensor. Descendió hasta el nivel principal. Allí subió a bordo de una rampa en movimiento que le lanzó hacia adelante. Podía sentir la presencia del droide buscador detrás de él.

Ferus siguió en la rampa hasta el mismo centro de la ciudad. Salió y giró a la derecha, donde una deslumbrante estructura blanca surgió amenazadoramente, larga y baja. Ése era el lugar donde los sathanos lloraban a sus muertos. Entró caminando.

Las lámparas eran rojas y su potencia se había disminuido levemente, el aire olía a hierbas. El mausoleo no estaba provisto de personal, pero confiaba en enormes pantallas para aquellos que entraban buscando el nombre de sus seres queridos en las curvadas paredes, intrincadamente esculpidas. Presionando en el nombre, aparecía la información sobre el ser querido y podían dejarse mensajes.

Las pantallas de datos no funcionaban. Pero los nombres estaban ordenados alfabéticamente, así que Ferus pudo recorrer las curvas paredes, buscando una coincidencia con cualquier de los cinco nombres que había memorizado. Lo encontró en la F. Allí estaba, Quintus Farel, tal como había pensado.

Quintus Farel había aparecido en dos lugares: en la lista de los que habían pedido una Solicitud de Registro de Compra de un Vehículo y en la lista de aquellos que nunca solicitaron un reintegro del impuesto de salida. Si Quintus había comprado un crucero estelar y había planeado marcharse, sus planes habían sido frustrados. Pero no se había molestado en conseguir el reintegro.

Todo eso no era muy interesante, excepto por que Quintus Farel estaba muerto.

Había muerto veinticinco años atrás, cuando tenía dos. Un terrible accidente de deslizador. Sus padres también habían muerto. Sus nombres estaban al lado del suyo, allí en el mausoleo.

Alguien había robado su nombre y su información de identificación.

Fue una forma común de obtener un alias. Encuentra un nombre que ya hubiese sido registrado y era más fácil crear documentos de identificación. Ya se habría emitido un número de seguridad.

El saboteador había atacado los registros personales primero, los registros de nacimiento y muerte. Habían pensado que sus huellas quedarían cubiertas por el caos que originaría.

Pero mediante las referencias cruzadas de los registros de la plataforma de aterrizaje, los cuales había mantenido minuciosamente en duraláminas un burócrata excesivamente entusiasta, desconocido para el saboteado, con los registros del mausoleo que se mantenían grabados en sintopiedra, Ferus había encontrado su primera pista.

—Te atrapé —murmuró.

Antes de salir, hizo una pausa. Cuanto más dejara que el droide buscador le rastreara, más información le estaría dando a Bog y al Imperio. Quería encontrar al saboteador por sí mismo, y luego decidir lo que hacer. Necesitaba asegurarse de que no entregaba el planeta

al control imperial. Tenía que esperar que Solace y Oryon pudiesen encontrar a Roan y a Dona y liberarlos antes de que tuviese que tomar una decisión.

Salió de nuevo a la calle. Sintió al buscador acechando bajo el tejado curvado del edificio.

Repentinamente un saltacielos zumbó descendiendo delante de él. — ¿Aerotaxi, señor?

Era Clive. Ferus entró en el vehículo. —Tengo un droide buscador que perder —dijo.

—Voy por delante de ti, compañero. Has estado bajo la vigilancia del droide desde que dejaste ese palacio de locos. Perdamos el lastre.

Clive forzó los motores. Ferus sintió que su estómago iba de un lado a otro mientras él ascendía hacia el tráfico de la vía espacial. —Tenemos que dejar atrás esos puentes del canal, entonces podremos subir —dijo Clive, virando para evitar un aerodeslizador que esquivaba un aerotaxi.

La vía espacial estaba atascada con tráfico. Sin señales, era un todos contra todos. Desafortunadamente, los ciudadanos de Sath no creían en reducir la velocidad.

Ferus fue aplastado contra el asiento. —Esto es de locos.

Clive se rió. — ¿No es genial?

El buscador seguía detrás. Clive viró repentinamente a la izquierda, chocando casi con un gran aerodeslizador. —Uy, sigo olvidando mi falta de visibilidad de estribor —golpeó la pantalla de navegación con un dedo—. Esto continúa encendiéndose y apagándose.

—Genial.

—Vigila estribor, ¿de acuerdo?

Ferus miró por encima de su hombro. —Hay un aerobús.

Clive empujó el saltacielos violentamente a la derecha, pasando debajo del autobús por centímetros. — ¡Lo vi! —dijo a la defensiva cuando Ferus le dirigió una mirada incrédula.

—Vigila el...

—Lo tengo —dijo Clive, zambulléndose casi hasta la superficie—. ¡Guau, esto es divertido!

—El buscador...

—Oh, cierto —Clive tiró bruscamente de los controles y bajo zumbando por un callejón. Miró hacia arriba—. Tenemos algo de espacio sobre nosotros.

— ¡No hay espacio suficiente! —Ferus sólo veía un diminuto pedazo de cielo entre un grupo de torres sobre ellos.

Clive alimentó los motores, y el saltacielos subió zumbando varios kilómetros en un instante. Atravesaron el espacio entre los edificios, tan cerca que el saltacielos pasó rozando el edificio. El vehículo se estremeció, pero Clive sólo fue más deprisa. Parecieron salir disparados del espacio como un corcho. Ferus pudo jurar que vio la pintura pelarse del casco del saltacielos.

Bajo ellos, el buscador chocó contra el lateral de una de las torres. Estalló y cayó.

— ¡Te dije que había espacio! —Clive se rió con satisfacción.

Subió aun más alto, hasta que estuvieron en la atmósfera superior.

— ¿A dónde, señor? —preguntó.

—Al Distrito Ciento Siete —respondió Ferus—. Y acelere.

—Música para mis oídos —dijo Clive.

CAPÍTULO SEIS

En una oficina en el complejo del Senado en Coruscant, un hombre delgado vestido de negro pulsó el control de su datapad. Éste se elevó desde el centro de su pulido escritorio y él inclinó la pantalla en el ángulo preciso para mirar.

El senador Sano Sauro estaba impaciente, pero cualquiera que hubiese mirado en su oficina nunca lo habría sabido. Se sentó sosegadamente en su escritorio, con las manos tensamente unidas delante de él. Odiaba que le hicieran esperar, y Bog Divinian le estaba haciendo esperar. Era agotador tener un socio tan torpe, pero Bog tenía sus usos.

Se giró y miró el artefacto que pendía suspendido en un cubo de transpariacero. Se permitió sentir una oleada de satisfacción por el objeto estropeado, una empuñadura quebrada de sable láser de un Jedi caído. El Duro que se lo vendió le dijo que había pertenecido al mismísimo Mace Windu, pero Sauro no tenía manera de verificarlo. Simplemente le complacía imaginárselo.

Había odiado a los Jedi toda su vida. Sus privilegios, su arrogancia. Había llevado a juicio a uno de ellos, ese odioso niño, Obi-Wan Kenobi, el cual se había convertido más tarde en un general tan importante. Ahora también estaba muerto.

Y Sauro estaba vivo. Más viejo, pero todavía en excelente forma, gracias a la cuidadosa atención de su dieta y sus visitas a los spas cada seis meses. No era para él el aceptar la decrepitud de la vieja edad humana.

Ahora era uno de los senadores más poderosos en el círculo interno del Emperador, un confidente y un consejero. Habían forjado su alianza años atrás, después de su intento frustrado de apoderarse de la posición de Canciller. Palpatine le había llamado a su oficina después de la debacle, cuando tantos senadores habían sido asesinados. Sauro había planeado simplemente cómo librarse de la responsabilidad. Había culpado del intento de asesinato a Granta Omega, por supuesto, un conspirador que había ido mucho más allá de lo que admitía haber sabido. Había esperado censura por parte del Canciller, quizá un arresto, aunque no hubiese evidencias sólidas. En lugar de eso, a Sauro le habían ofrecido un puesto de delegado.

Estaba claro, había dicho Palpatine, que Sauro conocía los usos de poder. Le daría una plataforma para ejercitar ese don.

Y él la tuvo.

Entre bambalinas, había sobornado, castigado, adulado, y manipulado. Ahora era el poder oculto detrás de Palpatine. El Emperador había recibido odiosas cicatrices después del intento de asesinato del Jedi Mace Windu, pero Sauro no le subestimaba. Su poder personal no había disminuido.

El problema era su nuevo ejecutor. Darth Vader había salido de ninguna parte. Sauro le sentía como una electrojabalina en un costado. Vader permanecía entre él y el Emperador, y no podía aceptar eso.

Vader estaba consolidando su poder, planeta a planeta, sistema a sistema. Estaba poniendo a los gobiernos en orden. Su nombre ya se pronunciaba con temor.

Sauro no sabía de dónde había salido Vader, pero sabía que no era un político. No sabía como maniobrar a través de poderosos bloques y alianzas estratégicas. Al final, eso le haría caer. Era simplemente un matón.

Palpatine necesitaba a alguien con elegancia y sutileza. Alguien como él.

Sauro creía en la planificación meticulosa. No actuaba de prisa. Necesitaba sobrepasar a Vader, pero eso llevaría tiempo. Podría llevar años. Esperaría. Si Vader resultaba ser el ejecutor del Emperador, Sauro sería el estratega del Emperador. Finalmente le demostraría a Palpatine que él debería ser su segundo al mando, no Vader.

El truco era descubrir lo que necesitaba hacer para impresionar a Palpatine. Tenía que ir mucho más allá de lo que había hecho en el pasado. Tenía que anticiparse. No responder a las necesidades de ayer, sino a las necesidades de mañana.

Era bueno en eso.

Su comunicador sonó por fin. El holograma en miniatura de Bog apareció encima de su escritorio.

Bog hizo una reverencia. —Todo va de acuerdo al plan, buen amigo.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Sauro. Bog era siempre vago. Parecía pensar que si no era arrinconado, podría verse como alguien maravillosamente eficiente.

—El Jedi está bajo vigilancia. El sensor se adhirió a su bota cuando dio un paso para saludarme, tal como había planeado. Desafortunadamente un droide buscador que le rastreaba, porque creo en el apoyo, sufrió un accidente: se estrelló con un edificio. El tráfico en las vías espaciales está incontrolado por esta situación.

—Idiota, se estrelló contra un edificio porque el Jedi lo quiso —dijo Sauro—. No fue un accidente. Si has colocado un sensor en su bota, ¿para qué necesitas un buscador? Lo descubrirá haga lo que haga. Rastréalo sólo con el sensor. ¿Dónde está?

—En el Distrito Ciento Siete. Está en el área noroeste de la ciudad.

—¡No me importa dónde está, sólo quiero saber si ha encontrado algo!

—Es difícil de saber —dijo Bog.

—Tu trabajo es saberlo —dijo Sauro irritado—. Descúbrelo.

Cortó la comunicación abruptamente. Tendría que vigilar a Bog más estrechamente. El propio Sauro no había llegado a donde estaba hoy por subestimar a un Jedi, ni siquiera a un Jedi fallido como Ferus Olin.

Colocó su datapad más cerca. Pulsó las teclas. Él no corría riesgos. Dudaba que Ferus Olin estuviera siguiendo las órdenes del Emperador sin un plan propio.

Sauro colocó un código secreto en sus archivos. Una trampa sencilla. Si alguien intentaba acceder sin autorización, él lo sabría inmediatamente.

Nadie debía interferir con sus planes.

CAPÍTULO SIETE

Wil y Arnie dejaron a Solace, a Trever, y a Oryon en un visto y no visto, por encima del hangar imperial y la plataforma de aterrizaje adyacente. Debido al gran número de vehículos y tropas necesarias para la guarnición, la habían construido en las afueras de Ussa, en una llanura vacía que se extendía hacia las laderas de la montaña. Solace, Oryon, y Trever yacían en el suelo, mirando al tráfico allá abajo.

—Si podemos llegar a la zona de aparcamiento de los aerodeslizadores, podemos atravesar esa puerta del hangar —dijo Solace—. No la usan mucho.

Para Trever, parecía como si la estuvieran usando cada dos por tres. Sólo un Jedi diría que algo era fácil cuando era tan claramente imposible.

Solace le dedicó una de sus extrañas sonrisas. —Veo que dudas de mí.

—Nunca discuto contigo o con Ferus —dijo Trever—. ¿De qué serviría?

—Buena filosofía —Solace sacó su cable líquido del cinturón—. ¿Preparados?

Oryon asintió. —Yo llevaré a Trever.

Genial. Lo siguiente que supo Trever fue que estaba colgando de la fuerte y ancha espalda de Oryon y cayendo a través del fino aire con el viento silbando en sus oídos. Aterrizaron en el suelo de golpe. Allí estaban ocultos por grandes rocas, y reptaron rápidamente a través de ellas hasta que estuvieron cerca de la puerta del hangar.

Dos soldados de asalto estaban hablando cerca de la entrada. Después de un momento, ambos se giraron para entrar.

Ahora, señaló Solace.

Ella atravesó corriendo los pocos metros de terreno abierto. Trever la siguió, esperando ser desintegrado por una explosión de un momento a otro. Pero llegaron a la seguridad de la pared. Solace se asomó por la puerta para ver el interior del hangar.

Ella les hizo señales, y se coló dentro. Trever la siguió. El hangar estaba conectado con las bahías de atraque situadas largo de la estructura. Los arcos de barras de duracero mantenían el techo retráctil de plastoides en su sitio. Permanecieron detrás de un cargador de equipo y observaron el espacio.

El lugar estaba provisto principalmente de droides trabajadores de Clase Cinco. Los elevadores binarios de carga estaban ocupados con el cargamento.

Los droides de transporte movían depósitos de duracero más pequeños, llenos de armas. Los droides de batalla se encargaban de la seguridad.

—Por eso ganaron —dijo Oryon—. Mira este lugar. Son tan eficientes que pueden construir esto en un momento.

—Sin embargo recortan las esquinas —dijo Solace—. Un sistema anticuado de atraque, no hay vías de combustible para las bahías individuales del hangar.

Oryon miró hacia arriba. —No hay protección contra incendios automatizada.

—¿Para qué molestarse? Pueden permitirse perder droides y tropas de asalto.

—Necesitamos llegar a un puerto de datos —dijo Oryon.

—Sería mejor si no saben que nos hemos colado —dijo Solace—. Podría acabar con los droides, pero...

—Lo que necesitamos es una distracción —dijo Trever.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Oryon—. ¿Pero qué?

Trever echó un vistazo por el hangar. Un grupo de droides trabajadores estaban usando una herramienta de soldadura para arreglar un deslizador estropeado. Las chispas volaban mientras giraban a su alrededor atareadamente. A su lado había un depósito de combustible y un trineo gravitatorio aparcado. Un droide de energía estaba cerca, su generador zumbaba mientras recargaba varios droides de transporte más pequeños.

—Dadme treinta segundos —dijo Trever.

Agachándose bajo deslizadores y naves para tener cobertura, corrió hacia los droides. Cuando llegó dentro de la distancia de lanzamiento hasta los depósitos de combustible, metió la mano en su cinturón. Modificando cuidadosamente una carga alfa, la lanzó en trayectoria elevada hacia el primer depósito. La diminuta explosión quedó cubierta por el ruido del hangar.

La carga abrió un pequeño agujero en el depósito de combustible. El combustible comenzó a gotear fuera. Formó un pequeño arroyo que serpenteó hacia la chispeante herramienta. Trever retrocedió lentamente, entonces echó a correr hacia Solace y Oryon.

Sintió la explosión a su espalda. Le levantó por los aires y le lanzó contra el permacreto. Sintió que su respiración dejaba su cuerpo.

—Galáctico —murmuró. Giró sobre sí mismo y se refugió.

Los droides fueron hacia el fuego. Sin equipo automático anti-incendios o mangueras, tuvieron que correr de acá para allá entre las estaciones de bomberos y las llamas. Los droides trabajadores se volvieron para controlar la situación, pero la confusión les sobrepasó.

Oryon ya estaba en movimiento, saltando hacia el puerto de datos. Solace se movió para protegerle en caso de que fuese descubierto. Trever decidió quedarse donde estaba. Observó los dedos de Oryon volando sobre las teclas.

Algo le alertó, un destello en el borde de su visión. Era un droide de seguridad, tratando de fijar su posición. Trever extendió una mano para coger una carga de su cinturón, pero Solace ya había visto el droide. Dio un salto para cortarlo en dos con su sable láser.

Y así, fueron descubiertos.

Los droides de seguridad avanzaron, disparándoles. Oryon se apartó corriendo del puerto de datos, Solace cubrió su retirada con su sable láser. Ella se movía como el viento y el agua, sin rastro de esfuerzo. Su sable láser era un círculo giratorio de luz. Trever esperó, sabiendo que Oryon y Solace vendrían a por él.

Lo hicieron, corriendo rápidamente, el bláster de Oryon disparando, el sable láser de Solace arqueándose y moviéndose. Trever lanzó la mitad de algunas cargas alfa y después corrió.

Solace les hizo señas y cargaron hacia una pequeña lanzadera. Oryon saltó detrás de los controles. Trever se dirigió hacia cañón láser. Disparó a los droides mientras Oryon alimentaba los motores y salían despedidos del hangar hacia la atmósfera. En pocos segundos, la plataforma de aterrizaje fue un punto en la superficie del planeta. Una delgada huella de humo gris marcaba dónde estaba el fuego.

—Demasiado para no atraer la atención —dijo Oryon.

—No puede evitarlo —respondió Solace—. ¿Conseguiste alguna información?

—No la suficiente —dijo Oryon—. La localización de la nave está codificada, y no tuve tiempo de averiguarla. Sin embargo me enteré de algo interesante, la nave es el proyecto favorito de un senador llamado Sano Sauro. Hay un enlace directo de comunicaciones entre su oficina y la nave.

—Nunca oí hablar de él —dijo Solace— Me mantengo al margen de la política del Senado.

—Está en el círculo interno del Emperador —dijo Oryon—. Un trabajo sucio. Tal vez Keets y Curran puedan ayudarnos desde su posición.

—Les enviaré la información —dijo Solace sacando su comunicador.

—Siento no haber podido conseguir más información —dijo Oryon.

Trever echó un vistazo a la cabaña. —No te preocupes. Al menos conseguimos una bonita nave.

—No hay nada más que podamos hacer por el momento —dijo Solace—. Tendremos que jugar al escondite con el Imperio por algún tiempo. Veremos lo que pueden averiguar Curran y Keets.

CAPÍTULO OCHO

La atmósfera en el escondite de Dex estaba tensa. Dexter Jettster había dejado solos finalmente a Curran y a Keets en el estudio, incapaz de aguantar su discusión. Estaban revisando hojas de información buscando cualquier conexión entre Samaria y el Senado o el Imperio, y no estaba yendo muy bien. Había muchísima información que estudiar, pero ninguna conexión que poder establecer. La búsqueda estaba poniendo de los nervios tanto a Keets como a Curran. Ambos necesitaban estar haciendo algo, y esto parecía una pérdida de tiempo.

Después de que Solace terminara su breve petición, Curran apagó el comunicador. Atravesó a Keets con su afilada y penetrante mirada. Su nariz se arrugó.

— ¿Qué he hecho ahora? —Keets tiró el envoltorio de una magdalena de muja encima de la pila de duraláminas de su mesa. Sacudió las migas de su túnica.

—Casi perdemos esa comunicación. El comunicador debería estar disponible todo el tiempo.

— ¡Te lo pasé!

—Después de buscarlo. Lo perdiste debajo de ese montón.

—Cierto. Pero lo encontré. Nunca me das suficiente crédito —Keets sonrió a Curran—. ¿Quieres el resto de mi magdalena?

—Yo no... quiero... el resto de tu magdalena —dijo Curran articulando cada palabra

—. Quiero que seas responsable.

—No paro de decírtelo, no digas esa palabra mientras estoy en la habitación. ¿Qué dijeron? —preguntó Keets.

Curran suspiró. Se sentó cuidadosamente en una silla después de quitar algunas migas. —No pueden localizar la nave, pero descubrieron una conexión interesante. Sano Sauro tiene comunicación directa con la nave.

Keets chifló. —Eso es interesante. Es nuestra conexión con Bog Divinian. Es un protegido de Sauro. ¿Crees que están preparando algo en Samaria?

—Sin duda. Si podemos descubrir el qué, podríamos ser capaces de ayudar a Ferus y conseguir también alguna información crucial para Solace y para Oryon.

Keets miró su desordenada mesa. —Sabía que había una razón por la que estaba revisando estos registros senatoriales. Cada vez que Divinian, ese pomposo hijo de un bantha, hace un movimiento, Sauro está en algún lugar en segundo plano.

—Sauro le sacó de la oscuridad y le devolvió al gobierno —dijo Curran. Se alisó el pelaje de sus mejillas con sus manos, un gesto que hacía cuando se concentraba a fondo—. Está ascendiendo rápido. Pero Divinian no es nada más que un chupatintas. ¿Por qué necesitaría Sauro un chupatintas?

Keets gesticuló hacia el montón de duraláminas, tirando la mitad de ellas fuera de la mesa. —Bantha Bog no es su único chupatintas. Tiene muchos más —Keets pensó un momento mientras contemplaba el montón del suelo—. Al principio pensé que Sauro simplemente no tenía buen juicio. Sus protegidos son las cabezas más vacías que hayas visto nunca. Encuentra un sujeto, hombre o mujer, que haya crecido entre riquezas y no haya hecho nada con ellas, empújalos hacia una posición de poder...

—Y luego controla todos sus movimientos —dijo Curran—. Tu eres realmente el que tiene el poder, no ellos.

—Ha escogido personalmente a los consejeros imperiales de al menos diez planetas del Núcleo que yo conozca —dijo Keets.

— ¿Pero cómo nos ayuda esto con Samaria?

—No nos ayuda... todavía —dijo Keets—. Pero es brillante, si te interesan este tipo de malvadas obras maestras. Sauro ha logrado congraciarse con el círculo interno de Palpatine. Ahora está consolidando su poder fuera de él. Apostaría a que al final va a unir cabezas, o debería decir casco, con Vader.

Dexter Jettster asomó su gran cabeza en la habitación. Dos de sus manos gesticularon hacia ellos. — ¿Habéis parado de lanzaros el uno al otro como un par de perros de batalla nek o habéis descubierto algo?

—Solamente un complot para dominar la galaxia —dijo Keets.

Curran exhaló brevemente, enrizando su pelaje facial. —Sano Sauro está escogiendo con cuidado consejeros imperiales y los está enviando a planetas estratégicos en los Mundos del Núcleo. También está manejando una nave llamada Verdadera Justicia, un tipo de tribunal ambulante para prisioneros políticos. Ahí es donde tienen retenidos a Roan y a Dona.

—Bueno, encontrarlos es el primer paso —Dex acarició su barbilla con una de sus cuatro manos—. Establecer un sistema para juzgar prisioneros políticos es un movimiento inteligente. Eso le daría acceso a cualquier información de los movimientos de resistencia.

—Y él es un consejero especial de la nueva academia donde están empezando a entrenar pilotos y oficiales —dijo Keets—. Ha metido un dedo en un montón de sucios pasteles imperiales.

—En algunos años, tendrá gobernadores planetarios y oficiales leales a él, así como todos los senadores que tiene en el bolsillo —dijo Curran.

—La pregunta es, ¿Palpatine sabe lo que se propone? —preguntó Keets.

—Podría saberlo y podría no importarle —dijo Dex astutamente—. Dejará que Vader se encargue de Sauro si tiene que deshacerse de él. Mientras tanto, está ayudando al Imperio. ¿Pero cómo ayuda esto a nuestros amigos?

—Sabemos que está en constante comunicación con el Verdadera Justicia —dijo Keets—. Así que al menos podemos enviar las coordenadas a Solace.

— ¿Colarnos en sus archivos del Senado? —preguntó Dex—. Vosotros dos sois bien conocidos allí. Conseguisteis escapar una vez, pero colarse en una oficina senatorial será más duro. Zackery todavía está al cargo de la seguridad.

— ¡Zackery! Mi viejo amigo —dijo Keets—. Tuvimos unos cuantos altercados cuando era reportero. Me echó del edificio del Senado más veces de las que puedo contar.

—No es cosa de risa —advirtió Dex frunciendo el ceño—. Tener más poder le ha vuelto más mezquino. Éste es un juego peligroso, amigos míos.

—El único tipo de juego que podemos jugar —contestó Keets.

CAPÍTULO NUEVE

La mayor parte de la población de Sath vivía en altas torres de apartamentos, algunas lujosas, otras no. El edificio que Ferus andaba buscando se situaba en alguna parte en mitad del rango. Estaba construido por encima de un canal, y una gran plataforma de aterrizaje coronaba un hangar cercano.

—Un lugar decente, ¿pero qué hacemos nosotros aquí? —preguntó Clive mientras ascendían zumbando en el turboascensor.

—Todos los vehículos que solicitan partir deben registrar una dirección con la plataforma de aterrizaje —contestó Ferus.

—¿Así que piensas que la persona que usa la identidad de Quintus Farel está aquí?

—No. Creo que quienquiera que le vendió el crucero está aquí. Creo que fue capaz de usar la dirección del anterior dueño porque todavía no había cambiado en el sistema.

—Nunca me di cuenta de la mente que tienes para los detalles, Ferus.

—Es una vieja habilidad.

—Debió hacerte popular.

—Me hizo aburrido.

Ferus pulsó el timbre de la puerta de un apartamento en el piso cincuenta. Permaneció delante de la pantalla de seguridad. Un momento después una voz graznó por el altavoz.

—¿Quién es?

—Estoy aquí para hacerle algunas preguntas acerca de un crucero estelar que vendió hace varias semanas. —dijo Ferus.

—Si hay algún problema con él, no es asunto mío —gruñó la voz—. Cuando lo vendí, estaba en perfectas condiciones.

—No, no hay problemas. ¿Puede abrir la puerta? Sería más fácil hablar cara a cara.

Una vacilación, entonces la puerta se abrió. Una mujer joven apareció ante ellos, su traje de noche de brilloseda estaba atado fuertemente alrededor de su cintura. Miró de arriba a abajo a Ferus y a Clive. —De acuerdo, aquí está mi cara. ¿Qué pasa?

—Tengo algunas preguntas acerca de la persona a la que le vendió el crucero, Quintus Farel.

—Entonces pregunte. ¿Parece que tengo todo el día para esto?

—¿Conoció a Quintus Farel?

—No es de Sath, ¿verdad? ¿Quién conoce a alguien en esta ciudad? Puse un anuncio electrónico, este Quintus contestó, intercambiamos detalles, metí créditos en mis cuentas, Quintus obtuvo la nave. La compré para hacer algún viaje espacial romántico, pero mi novio se largo, ese dinko. De todas formas, ¿quién quiere viajar en esta galaxia ahora? Tropas de asalto por todas partes, mires donde mires.

—¿Alguna vez habló directamente con Quintus?

—Una vez. Aparqué el crucero en el lugar equivocado por error, por lo que no podría encontrarlo. Me olvidé de moverlo. Demándeme. Así que recibí una llamada de Quintus, creo que tenía miedo de que le estafase. No fue culpa mía, mi vecino aparcó en mi sitio, ese mono lagarto.

De repente, Ferus tuvo una idea. —¿Está segura de que Quintus era un hombre?

Ella se encogió de hombros. —Voz profunda, y sonaba electrónicamente alterada. Señor Secretismo. Todo lo que me preocupaba era la transferencia de créditos a mi cuenta.

Ferus no estaba consiguiendo mucha información de la mujer. Clive le dedicó a Ferus una mirada que decía, deja que me ocupe yo. Puso una mano en el marco de la puerta y sonrió a la mujer. —Veo que pone atención a las cosas. ¿Mencionó Quintus donde se iba?

La mujer puso sus ojos en blanco. — ¿Por qué haría eso? ¿Y por qué me importaría? Aparta esa mano de mi puerta.

Clive se enderezó, dejando de utilizar su encanto. — ¿Qué rango tiene su nave?

—No tiene hipermotor, si es eso lo que pregunta. Pero es rápida. Me gusta ir rápido. ¿Hemos terminado?

Ferus suspiró. —Gracias por su tiempo —Desalentados, él y Clive se giraron y caminaron hacia el turboascensor.

— ¿Estoy loco o era la mujer más ruda de la galaxia? —murmuró Clive.

—No estás loco.

Entonces la oyeron llamándolos. — ¿Amigos?

Se giraron.

—Acabo de recordar una cosa —dijo la mujer—. La llamada vino de las Torres de la Fuente.

— ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, el mecanismo de bloqueo estaba encendido, así que la dirección no apareció. Pero el complejo de las Torres de la Fuente es nuevo. Bonito lugar, ojala pudiese vivir allí, pero estoy atrapada en este agujero. Rodea la Fuente de los Siete Minerales, en el Distrito Trescientos.

—Pero si la dirección estaba bloqueada...

—No he acabado. La Fuente de los Siete Minerales tiene un reloj musical: cada media hora, toca los tres primeros acordes del himno samariano. Oí eso. Así es que supongo que Quintus vive en las Torres de la Fuente. Porque estaba un poco molesto conmigo y dijo que tendría que volver a casa otra vez sin la nave.

—Podría besarla —le dijo Clive a la mujer.

—Ni lo intentes —dijo ella cerrando la puerta.

Ferus presionó el sensor del turboascensor. — ¿Ahora qué? —preguntó Clive—Si estas Torres de la Fuente son como los otros edificios de Sath, tendrá cientos de apartamentos.

—Y un hangar al lado, si tenemos suerte. Un crucero espacial estará estacionado en un lugar numerado —dijo Ferus—. Le tenemos.

El turboascensor descendió como una exhalación, deteniéndose alguna que otra vez para recoger más pasajeros. Mientras bajaba hasta el vestíbulo, y los pasajeros desembarcaban, Ferus puso su mano en el brazo de Clive para detenerle antes de que saliese detrás de ellos.

— ¿Qué pasa? —preguntó Clive cuando los pasajeros hubieron salido.

—Tengo un presentimiento sobre esto —dijo Ferus.

— ¿Esa Fuerza tuya?

Ferus asintió. —Nos están siguiendo. Estoy seguro de eso...

—Nos deshicimos del droide buscador —Clive dio algunos pasos en el vestíbulo. Las ventanas de cristal del suelo al techo ofrecían una vista del canal, la calle y el cielo—. Nadie allá afuera que pueda ver...

Ferus caminó hacia adelante cautelosamente. Entonces se detuvo. Alzó un pie, luego el otro. Pasó su bota a lo largo del suelo de piedra y escuchó un leve ruido. —Un sensor adherente —dijo—. Está en la suela de mi bota.

Clive se puso en cuclillas. —Es listo —se enderezó—. Pero nosotros somos listisísimos.

—Eso no es una palabra.

—Seguro que lo es. Vamos.

Salieron andando del edificio. Vacilaron mirando el tráfico aéreo que pasaba.

—Ese —dijo Clive, señalando hacia un brillante deslizador de cromo que estaba zigzagueando por la vía espacial, cortando el paso de los otros vehículos cuando viraba.

—Justo lo que pensaba.

Ferus dio un salto de Fuerza hasta el dosel que colgaba por encima del vestíbulo de diez pisos. Vaciló un momento, balanceándose en el borde. Mientras el deslizador se acercaba, arrancó el sensor de su bota y lo lanzó girando. Conectó con la parte posterior del deslizador. Un momento después, el deslizador había desaparecido girando una curva.

Ferus saltó al suelo, haciendo una pirueta en el descenso.

—Qué ostentoso —dijo Clive.

—Vamos —dijo Ferus—. Supongo que disponemos de una hora antes de que Bog lo descubra. Bueno, conociendo a Bog, podríamos tener más que eso.

Rápidamente se dirigieron al saltacielos y despegaron. Permanecieron en las vías espaciales durante un corto viaje, y Ferus tuvo otro paseo horripilante. Se alegró de ver las Torres de la Fuente elevándose contra el paisaje urbano.

Las Torres estaban construidas en el extremo de la ciudad, lejos de la ancha bahía color verde mar. Hubo cuatro torres delgadas, y cada una tenía un hangar contiguo que era casi igual de alto. Los hangares contenían plataformas de aterrizaje al aire libre cada veinte pisos. Tres de las torres estaban terminadas, y una estaba a medio construir, su hangar era sólo un cascarón. Los niveles superiores del edificio estaban llenos de andamios y vigas expuestas.

Aterrizaron cerca de las fuentes, las cuales estaban ahora secas. Clive entró en el primer hangar y estacionó el saltacielos. Empezaron el tedioso proceso de rastrear los números de registro de los vehículos.

Por fin, encontraron el vehículo en el nivel cincuenta y ocho. Ferus miró dentro de la cabina del piloto.

—Clive, mira esto —le llamó.

Clive presionó su cara contra de la burbuja de la cabina. —Guau, un panel de control. Qué sorpresa.

—No, en el asiento del pasajero.

Clive miró de nuevo. —Es un lazo láser.

—Un Juguete —Ferus frunció el ceño—. No pensé que habría un niño involucrado. —Ferus tenía un mal sabor en su boca.

Algo no estaba bien. No había estado bien desde que había puesto pie en este planeta. Estaba siendo manipulado. Estaba seguro de eso. ¿Pero por qué? ¿Por qué le había escogido Palpatine para esta misión? Ferus tenía una idea bastante buena de sus propias habilidades, pero sabía que no era el único ser de la galaxia que podría ayudar con este problema.

Cuanto más cerca estaba de encontrar al saboteador, más inquieto se ponía.

—Tal vez ésta no es la nave —dijo Clive.

—No, es éste —dijo Ferus—. Lo siento. Y mira, han frotado barro en los números de registro para tratar de oscurecerlos. Es un viejo truco, pero funciona.

Ferus contempló la torre de apartamentos, pensando. Sabía que Solace contactaría con él tan pronto como hubiera rescatado a Roan y a Dona. Hasta entonces, tendría que

continuar, continuar siguiendo un paso después de otro hasta que encontrara al saboteador. Si entregaba al saboteador a los imperiales o no, era otra cuestión...una que esperaba no tener que responder.

CAPÍTULO DIEZ

Aun en mitad de la noche, el Senado nunca se apagaba completamente. Mientras Keets y Curran se abrían paso por los silenciosos vestíbulos, pasaron al lado de empleados de limpieza que no les dedicaron ni una mirada, ayudantes senatoriales con los ojos hinchados encorvados sobre sus tazas de té fuerte, y senadores, resplandecientes con sus capas de ópera, pasando por allí después de una tarde fuera para recoger grabaciones para al día siguiente.

Pero la oficina de Sano Sauro estaba oscura.

Keets usó un ingenioso dispositivo que le había prestado Dex. Cabía en la palma de su mano, haciéndolo imperceptible mientras lo presionaba contra el panel del sensor. Con algunos pitidos, el dispositivo descifró el código, y la puerta se abrió deslizándose.

—Ojala hubiese tenido esto cuando mi casero me dejaba fuera de mi apartamento. —dijo Keets mientras lo deslizaba en su bolsillo.

— ¿Por qué hizo eso?

Keets dio un paso a través de la entrada. —Oh, una pequeña cosa llamada falta de pago del alquiler. Los caseros son criaturas susceptibles.

Se deslizaron como sombras en la oficina interna de Sauro.

—Es un tipo ordenado —dijo Keets, mirando a su alrededor—. No confío en nadie así de limpio.

—No me interesa su carácter por el momento —dijo Curran, acercándose al escritorio—. Sólo sus archivos.

Keets le siguió a un paso más pausado, mientras revisaba la colección de objetos de Sauro, los cuernos curvados del color de la sangre, elevándose de los bordes de su escritorio. —Una vieja costumbre, amigo mío. Periodista investigador. Algunas veces he descubierto más información de lo que había en la oficina de alguien que de lo que había en sus archivos. Como esto —Keets se detuvo ante lo que parecía una escultura, el único objeto decorativo de la habitación. Era un objeto de metal con una grieta descendiendo desde el centro, suspendido por un pequeño motor repulsor en un cubo claro del transpariacero.

— ¿Qué es eso? —preguntó Curran preguntó mientras buscaba del botón de liberación del puerto de datos.

—Una empuñadura de sable láser —Keets lo rodeó lentamente—. Odia a los Jedi. Guarda el símbolo de su derrota en su oficina, justo delante de sus ojos, para que pueda verlo cada día.

Curran encontró el botón. Una pantalla se elevó desde el centro del escritorio. Rápidamente avanzó a través de los archivos. —Codificados.

—Naturalmente. Permíteme —Keets se deslizó en la silla y tecleó en el teclado—. Estoy dentro.

—Eso fue rápido.

—Está todo en la muñeca —Keets tecleó una frase expertamente—. Voy a buscar cualquier archivo que se haya abierto recientemente... Guau, ¿qué es esto?

— ¿Qué es qué?

—Un memorándum que Sauro le envió a Palpatine. Bla, bla, bla, su excelencia, su imperialidad, lo normal...pero aquí...Promete resultados en Samaria. 'Personalmente

responsable de los resultados' dice... bla, bla, más paja, y... espera. Aquí. Dice, 'y habrá noticias de gran interés para usted que durante mucho tiempo ha coincidido con el mío'. ¿Qué puede significar eso?

—No lo sé —dijo Curran—. Pero concentrémonos en el Verdadera Justicia.

Keets regresó a la búsqueda a través de lo archivos. —Allá vamos. —convirtió un archivo a modo hológrafo y lo envió al aire.

Juntos, se inclinaron más cerca para examinarlo. Era un registro completo del Verdadera Justicia, completo con esquemas.

—Necesitamos un diario de a bordo para conseguir coordenadas —dijo Curran ansiosamente.

—No hay problema, lo encontraremos —masculló Keets—. Un momento. Algo va mal. He topado con algo.

—¿Qué?

—Un código de seguridad. Aquí, ¿ves ese brillo en la luz del señalizador? Algunos modelos de este puerto de datos muestran eso, sí hay puesta una trampa. Se supone que es una alarma silenciosa, pero si sabes dónde mirar... —Keets alzó la vista hacia Curran—. Nos van a atrapar.

—Sí.

Intercambiaron una rápida mirada que confirmaba lo que ambos habían decidido. Esa información era vital. Si iban a atraparlos, que así fuera.

Keets continuó hojeando el archivo, moviéndose ahora todavía más rápido. —Aquí está.

Curran se movió hasta la puerta. —Los oigo.

—Le transmitiré a Solace el archivo entero —Keets tecleó las coordenadas—. Primero tengo que copiarlo. Si lo envío desde el ordenador de Sauro, podrán rastrearla.

—Están cerca.

—Casi hecho.

Keets observó el archivo copiándose. Cada segundo contaba.

— ¡Están en la oficina exterior!

Keets vio parpadeando *ARCHIVO COPIADO*.

La puerta se abrió y la seguridad del Senado entró a raudales, guardias imperiales dirigidos por un hombre pequeño y corpulento.

—Vaya, hola, Zackery. Mucho tiempo sin...

—Keets —el hombre le apuntó con un bláster—. Colándote en la oficina de un senador otra vez, ¿verdad?

—Los mantiene honestos —Detrás de su espalda, los dedos de Keets trabajaban frenéticamente, tecleando el acceso al comunicador de Solace. Presionó el comunicador y envió el archivo.

—Voy a disfrutar entregándote al Imperio.

—Cualquier cosa que te haga feliz —dijo Keets. Contempló a Curran, dándole una mirada que le decía que la transferencia había tenido éxito. No importaba lo que les ocurriese ahora. Habían ganado esta ronda.

CAPÍTULO ONCE

—Lo consiguieron —dijo Oryon. Se quedó mirando fijamente el puerto de datos de la nave imperial—. Nos han dado coordenadas, paradas programadas, incluso un esquema. Voy a dejar de menospreciar a Keets ahora mismo. Será mejor que le envíe un agradecimiento.

—No lo hagas —dijo Solace—. Mira el último código. Es nuestra señal de emergencia. Fueron capturados.

Oryon, Solace, y Trever se miraron unos a otros. — ¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Trever.

—Nuestro deber —dijo Solace—. Llegar a la nave y liberar a Roan y a Dona.

Oryon aspiró profundamente. Se sentó en el asiento del piloto e introdujo las coordenadas. —Están cerca de Bellassa —dijo—. No debería llevarnos mucho tiempo. Pero tenemos un par de problemas.

Solace asintió. —Cómo subir a bordo, en primer lugar.

—Y estamos en una nave imperial robada —dijo Trever—. Probablemente estarán buscándonos.

—No olvides que fui un espía —dijo Oryon—. Puedo programar el ordenador de abordaje para cambiar nuestro número de registro al azar cada pocos minutos. Nunca nos atraparán. Finalmente lo descubrirán, pero no necesitamos mucho tiempo.

—Bien —dijo Solace—. Ahora tenemos que planear nuestro abordaje.

Se inclinó sobre los archivos otra vez, escaneando rápidamente la información.

—Podría funcionar —murmuró. Miró sobre su hombro a Oryon y a Trever—. Tenemos que aprovechar la oportunidad.

— ¿Qué oportunidad? —preguntó Trever. Cuando Solace le miraba de esa manera, él comenzaba a ponerse nervioso. La mirada decía, ¿Estás listo para esto?

—Hay un equipo jurídico imperial: un abogado, un juez, y un oficial legislativo, que tiene programado subir a bordo en el Espaciopuerto Penumbra —dijo Solace—. Van a dirigir el juicio de Roan y Dona. Si fuéramos directamente a la nave, podríamos meternos en el compartimento de carga. Podríamos suplantar al equipo y subir a bordo.

— ¿No contactaría el equipo real con la nave cuando la nave no se presentara para recogerlos? —preguntó Oryon.

—Tendríamos un par de horas. Podríamos liberar a Roan y a Dona y controlar la nave —dijo Solace—. Esta idea es tan nueva que Roan y Dona son los únicos prisioneros. La mayor parte del personal son droides.

—Sí, un nuevo modelo de droides de seguridad —señaló Trever—. Esos con cañones láser duales.

—No es tan fácil —dijo Oryon.

—No he dicho que fuese fácil —dijo Solace—. Pero es nuestra única oportunidad.

Trever se movió nerviosamente mientras Solace conducía la nave hasta un hangar de aterrizaje dentro de la nave imperial. No tenía ni idea de lo que hacía realmente un oficial legislativo, o cómo hablaría o actuaría. Estaba seguro de que un oficial legislativo sería más listo que él. Tal vez sería buena idea mantener la boca cerrada.

Oryon le habló en voz baja. —El truco es creer que eres lo que dices ser.

—Eso es un poco complicado.

Solace activó la rampa y se volvió hacia ellos. —Simplemente seguidme el juego. —dijo ella.

Bajaron por la rampa. Un oficial imperial les estaba esperando.

Solace asintió brevemente. —Soy la Juez Bellican. Éste es el Abogado Tomay Alcorn y el oficial Sam Weller.

—Primer Oficial Dicken. Síganme.

El oficial les condujo hacia la cabina. El capitán estaba sentado en el puesto de mando. Se levantó cuando entraron y el Oficial Dicken les presentó. —Teníamos entendido que nos reuniríamos en el espaciopuerto —dijo el Capitán Tran.

—Cambio de planes —dijo Solace—. Hay razones urgentes para que aceleremos el juicio.

—Me gustaría ver a los prisioneros —dijo Oryon.

—Están bajo arresto. El juicio comenzará en cinco minutos.

—Eso no me da tiempo suficiente para preparar un caso —dijo Oryon. El plan había sido liberar a Roan y a Dona tan pronto como pudiesen.

Fue interrumpido por el capitán, el cual le dedicó una mirada afilada. —Pero éste es el reglamento vigente de la nave. Todos los prisioneros serán juzgados inmediatamente después de la llegada del equipo jurídico. La cuestión de este nuevo sistema es la velocidad y la eficiencia. Entiendo que ya ha preparado el caso.

—Por supuesto, pero siempre hay detalles de último hora...

—El Senador Sauro me informó completamente. Espero que a usted también.

—Sí —dijo Solace rápidamente.

—Entonces un androide les conducirá hasta la sala del tribunal. El Primer Oficial Dicken y yo actuaremos como testigos para el registro oficial.

No había nada que hacer salvo asentir. Solace y los otros dejaron la cabina y siguieron a un droide de protocolo hacia el vestíbulo.

—¿Qué vamos a hacer? —siseó Trever.

—Exactamente lo que se supone que tenemos que hacer —dijo Solace—. Vamos a someter a juicio a Roan y a Dona.

CAPÍTULO DOCE

La sala del tribunal era una pequeña sala de conferencias sin sillas para espectadores. ¿Por qué habría de tenerlas? Los juicios estaban diseñados para llevarse a cabo en secreto, con los prisioneros escoltados tan rápido como fuera posible hasta prisión. Tropas de asalto y droides de seguridad estaban alineados contra una pared, sin duda para evitar que cualquier posible agitación se convirtiese en violencia.

Solace se sentó en la silla del juez, en una plataforma ligeramente elevada a un extremo de la sala. Rápidamente se familiarizó con los controles. —Tengo la capacidad para activar los droides —murmuró ella a los demás—. Eso debería sernos útil.

Dos mesas confrontaban al juez, y Trever y Oryon se colocaron en una de ellas.

El capitán Tran y el Primer Oficial Dicken se apresuraron a entrar, seguidos por un droide legislativo, el cual se colocó en la otra mesa.

El capitán y el primer oficial se quedaron al fondo. Obviamente no pensaban que esto durase mucho.

—Démonos prisa —dijo el capitán—. Tenemos que acabar con esto y llegar al sistema Nunce para recoger una carga de prisioneros. Mi trabajo es llenar la nave, y cuanto antes lo haga, conseguiré un puesto mejor.

Roan y Dona fueron introducidos en la sala del tribunal por droides guardia. Trever les miró cuidadosamente buscando signos de maltrato. Dona parecía delgada y cansada, pero Roan entró andando, con la cabeza alta. Vio a Trever y tuvo un pequeño sobresalto, no visible para los oficiales. Entonces su cara se puso impasible de nuevo.

—Se abre la sesión —dijo Solace, golpeando un mazo electrónico que emitió un suave bong.

Roan y Dona se sentaron en la mesa con el droide legislativo.

—Roan Lands y Dona Telamark, han sido acusados de conspiración contra del gobierno de Bellassa y planear el asesinato del consejero imperial del gobierno de Bellassa. ¿Cómo se declaran?

—Culpables —dijo el droide.

—Espera un momento —dijo Roan—. Este pedazo de chatarra no habla en nuestro nombre. Solicitamos un abogado.

—Soy un abogado elegido por la corte, señor —dijo el droide legislativo girando su cabeza.

—Esto es un ultraje. Bajo las leyes del Senado Galáctico, tenemos el derecho de escoger a nuestro propio asesor.

—Debo corregirle, señor —dijo el droide—. El Emperador ha suspendido ese derecho en el Acta del Senado tres-dos-uno, punto siete, en lo que se refiere a traidores al Imperio Galáctico.

—Pero yo todavía no he sido declarado traidor al Imperio —señaló Roan.

—Sí, pero tenemos el derecho de juzgarle como si lo fuera.

—Si eres, ciertamente, mi abogado, entonces tengo el derecho de despedirte —dijo Roan—. Yo llevaré nuestro caso.

La cabeza del droide giró más rápido, sus sensores parpadeaban. —No existe precedente. Debo hacer una búsqueda más extensiva de mis bancos de memoria.

—No se moleste —dijo Solace—. El acusado tiene razón. Reconozco su derecho a despedirle.

Los sensores del droide legislativo parpadearon frenéticamente. — ¡Protesto!

— ¿En qué se basa?

— ¡En que eso viola el microchip procedimental!

—Denegada. Continuemos.

— ¿Qué pasa aquí? —preguntó el capitán Tran.

—Lo siento, Capitán, usted es un testigo de este procedimiento, no un participante —dijo Solace—. Acepto a Roan Lands como abogado. ¿Cómo se declara?

—No culpable.

—Llevemos esta función a las vías espaciales —masculló el capitán—. Tengo cosas que hacer.

Solace asintió hacia Roan. —Proceda con la acusación.

Roan se puso en pie. —Antes de que comencemos, solicito que desestime el caso, su señoría. Este caso esta basado en vigilancia ilegal. Bajo las reglas del Senado Bellassano, debe obtenerse una orden de un juez del tribunal de seguridad. Esto nunca se hizo.

Los sensores del droide parpadearon. — ¡Protesto! El Emperador ha suspendido la necesidad de obtener una orden para colocar vigilancia a cualquier ciudadano de cualquier mundo de la galaxia por cualquier razón.

—Cierto —dijo Solace—. Pero el Senado Galáctico no ha ratificado la decisión.

—Pero no se le ha pedido que lo haga —protestó el droide—. El Emperador no necesita permiso.

—No obstante, creo que es un área gris —contestó Solace.

—Eso es contrario a la información en mis bancos de memoria procedimental —dijo el droide—. Altamente irregular... circuitos recalentados. ¡Debo ser reparado inmediatamente! —salió rápidamente de la sala.

El capitán Tran golpeó el suelo con el pie. — ¡Área gris! —exclamó, exasperado—. ¡No hay áreas grises en el Imperio Galáctico! ¡El Emperador se ha deshecho de áreas gris! ¡Ese fue el problema con la República!

— ¿Puedo recordarle que se calme, Capitán? —preguntó Solace—. Los discursos políticos no tienen lugar en la sala del tribunal.

Oryon se puso en pie. —Reconocemos la cuestión legal del prisionero. Después de una revisión meticulosa del caso, su señoría, pido respetuosamente que los cargos contra el acusado sean desestimados.

— ¡Esto es un escándalo! —rugió el capitán.

—Yo soy el juez —dijo Solace. Golpeó el mazo—. ¡Caso desestimado! Además, le acuso a usted, Capitán Tran, y a su primer oficial Dicken de obstrucción a la justicia y amotinamiento.

— ¡Amotinamiento!

—Amotinamiento, señor, por interferir con un caso del tribunal imperial —Solace pulsó el botón del droide de seguridad. Señaló hacia los soldados de asalto—. Enciérrenlos.

El capitán fue a coger su bláster, pero Oryon estuvo allí en menos de un segundo. Presionó su propio bláster contra la sien del capitán. —Yo pensaría otra vez lo que está a punto de hacer.

— ¡Pero no tienen derecho!

—Cuando subimos a bordo, obtuvimos ese derecho. Representamos la justicia en el Imperio —respondió Solace—. Entreguen sus armas.

El Capitán Tran y el Primer Oficial Dicken le entregaron sus blásters a Oryon.

Los droides de seguridad y las tropas de asalto comenzaron a salir de la sala del tribunal. —Os acordaréis de esto —les dijo el capitán a Solace y al grupo—. ¡Acabaréis todos en una prisión imperial!

— ¡Parece que ahí es a donde se dirige! —contestó Trever.

Tan pronto como estuvieron fuera de la sala, Dona se dejó caer sobre en la mesa con alivio, pero Roan se rió. —Gracias por salvarnos.

—Todavía no estamos a salvo —dijo Solace, poniéndose en pie y quitándose la túnica judicial—. Vamos a tener que tomar la nave.

—Vamos —dijo Roan—. Alguien tiene un bláster? —Oryon le lanzó uno de los tres blásters. Dona se puso en pie. El color había vuelto a su cara, devolviéndole su fuerza y su vitalidad—. ¿Quién sois vosotros?

—Espera, déjame adivinar. ¿Amigos de Ferus? —preguntó Roan.

—Buenos amigos —dijo Oryon—. Soy Oryon, y ésta es Solace. Ya conoces a Trever. Ferus está a salvo, pero te hablaremos de él más tarde.

—Estoy deseando tomar el control de un crucero imperial —dijo Roan—. No hay problema. ¿Pero no estamos a punto de encontrarnos con un montón de droides enfurecidos? ¿Y sólo somos cinco?

—Y uno de nosotros tiene mala puntería —añadió Dona.

—Conseguimos los esquemas de la nave —dijo Solace.

—Viaja con una tripulación ligera. La mayor parte de los droides se mantienen en el compartimento de carga. Sólo están allí en caso del ataque. Si podemos tomar el control de la cabina, podemos cerrar el compartimento de carga.

— ¿Cuántos habrá en la cabina?

—Alrededor de tres oficiales y veinte droides —dijo Solace—. No será un problema.

— ¿Acaba de decir que no es un problema? —Roan se volvió hacia Oryon.

—Confía en mí —dijo Solace.

Salieron al pasillo. Solace tomó la delantera.

No habían ido muy lejanos antes de que un droide de protocolo se encontrara con ellos. —La tripulación espera las órdenes del capitán —dijo.

—El capitán ha sido arrestado —dijo Solace—. Yo estoy al mando.

—Esa es una violación de autoridad —dijo el droide—. Tendré que llamar...

En un instante, Solace avanzó, sable láser en mano, y rebanó su cabeza.

—Oh, cielos —dijo la cabeza sin cuerpo.

Con un experto mandoble, Solace desactivó su panel de control incluso mientras continuaba corriendo pasillo abajo.

—Ah, ahora lo entiendo —dijo Roan—. Ferus encontró a su Jedi.

Corrieron por el pasillo, siguiendo a Solace hasta la cabina. Trever quedó impresionado por lo rápido que Roan se integró en el grupo. Se movía a la derecha de Solace, dejando que Oryon cubriese la izquierda. Dona estaba atrás con Trever. Ellos cinco no eran exactamente un grupo de ataque de élite, pero Trever no tenía duda de que ganarían.

Solace activó las puertas de la cabina y entró a la carga adentro, sable láser en mano. Los nuevos droides de seguridad comenzaron a disparar sus cañones láser, alzando sus antebrazos. El fuego zumbó a través de la cabina en rayos de energía. Trever se tiró al suelo y rodó.

En menos de un minuto, Solace había partido tres droides y había dado un salto mortal en el aire para derribar a otro antes de enterrar su sable láser en su panel de control. Entonces se giró para deshacerse de cuatro droides puestos en guardia. Oryon y Roan se ocuparon del resto.

La cabina se llenó de droides humeantes y metal fundido, y Solace apuntó su sable láser al pecho del oficial al mando. —No quiere empujarme, ¿verdad? —preguntó ella. Ni siquiera respiraba con fuerza.

— ¿Qué queréis? —preguntó él.

—Os daremos pasaje seguro para un espaciopuerto. Toda la tripulación debe partir. Os dejaremos con vuestras vidas si nos dejáis la nave.

El oficial compartió una mirada con su tripulación. —No voy a morir por esta nave. Estoy de acuerdo.

Oryon brincó hacia los controles. Roan mantuvo su bláster apuntado hacia los tres oficiales imperiales mientras se sentaba en una silla y cruzaba las piernas. —Voy a disfrutar de este viaje —dijo.

CAPÍTULO TRECE

Keets y Curran estaban sentados en la sala de detención del Senado, dónde mantenía a aquellos que violaban la seguridad. Estaban aliviados por no haber sido enviados inmediatamente a un centro de detención imperial.

Zackery estaba sentado a una mesa, viendo un certamen de un droide gladiador en su pantalla, ignorando a los prisioneros. Keets consideró el doblegarle, pero sabía que había seguridad adicional detrás de la puerta cerrada. Estaban esperando algo, y tenía la sensación de saber el qué.

Las puertas se abrieron con un siseo, y apareció Sano Sauro. A pesar de que era media noche, estaba vestido y arreglado impecablemente.

Zackery se levantó de un salto. —Aquí están, señor. Los cogimos con las manos en la masa en su oficina.

—Déjanos.

—Pero podrían ser peligrosos...

—Yo creo que no —Sauro arrancó un trozo de hilo de su manga negra—. Vete.

Zackery se marchó apresuradamente, guardando su datapad bajo el brazo.

Sauro se sentó en la mesa y juntó las manos. —¿Para quién trabajáis? —preguntó.

—Para nadie —dijo Curran.

—No me hagáis perder el tiempo. O me lo decís u os entregaré a los interrogadores imperiales. Por lo que sé, tú —dijo Sauro, volviéndose hacia Keets—, eras un periodista de tercera, y tú —continuó, volviéndose hacia Curran— eras un ayudante de bajo nivel del Senado hasta que se estableció el Imperio, tras lo cual se determinó que ambos habíais violado las leyes del Imperio, y se emitieron autorizaciones para vuestro arresto.

—¿De tercera? —dijo Keets volviendo a lo anterior—. Puede torturarme todo lo que quiera, pero no hay necesidad de llamarme de tercera.

La mirada de Sauro era oscura y neutral. —Tengo enemigos —dijo—. Acepto eso como una parte inevitable del poder. Es necesario que yo conozca quiénes son. Ahora, o me lo decís u os veréis forzados a hablar con un interrogador imperial. ¿Quién os contrató?

—Bog Divinian —dijo Curran. No pensaba que fuera posible sorprender a Sano Sauro, pero vio el destello en su mirada.

—Mientes —le desafió el senador.

Curran no contestó. Era suficiente haber plantado la sospecha en la mente de Sauro. Era mejor enfrentar a Bog y a Sauro y que no confiaran en el otro.

—No tengo tiempo para mentiras —dijo Sauro levantándose elegantemente—, así que yo...

La puerta se abrió siseando detrás de él. Sauro no se giró, pero vieron su cólera por ser interrumpido. —No te he llamado.

Zackery dio un paso indeciso en la habitación. —Comunicación urgente para usted, señor. El Verdadera Justicia ha sido secuestrado.

—¡Idiota, dímelo afuera! —la cara de Sauro se puso blanca.

Keets mantuvo su cara impasible, pero pudo haber aplaudido por la mirada de furia en la cara de Sauro. El tipo estaba aterrorizado, eso estaba claro.

Y él no tenía duda de que Solace, Oryon y Trever habían hecho lo imposible: Habían liberado a Roan y a Dona.

—No le digas esto a nadie —siseó Sauro a Zackery—. No debe llegar al Emperador —Se giró y miró a Keets y a Curran con odio—. Me ocuparé de ellos más tarde —dijo. Luego cruzó la puerta apresuradamente.

CAPÍTULO CATORCE

Darth Vader estaba acostumbrado a ser llamado a la oficina de Palpatine a cualquier hora, así que no se sorprendió por la citación que le llamó allí en las horas anteriores al amanecer. Ahora no necesitaba mucho sueño. De no ser por las demandas de lo que quedaba de su cuerpo, no dormiría en absoluto. Dormir traía sueños.

Encontró a su Maestro ante la ventana por encima de las luces de Coruscant. Estaba donde tramaba su estrategia. Habían hecho mucho, pero el poder ganado todavía debía ser consolidado. Qué estremecedor sería mantener firmemente por fin la galaxia en un puño, saber que gracias a sus esfuerzos funcionaría como reloj, sin las mezquinas guerras mezquinas entre sistemas que la habían plagado en el pasado, sin la ineficiencia de muchas voces pidiendo a gritos cosas diferentes.

—Las cosas no van bien en Samaria —dijo el Emperador sin preliminares—. No te he molestado con eso porque parecía un problema menor. Pero Samaria es necesaria para nosotros, una conexión estratégica con el resto de Núcleo.

—No me sorprende, Maestro —dijo Vader—. No entendí por qué puso a Divinian al mando.

—Hay razones para mantenerle ocupado —dijo Palpatine.

—Sano Sauro.

—Esa es una razón. Sauro es útil. Se esfuerza en complacerme. Me envió un memorándum secreto acerca de la Academia.

Vader esperó. Sauro no era un problema, todavía no. Sabía bien que Sauro conspiraría contra él. Sauro era más una molestia que una amenaza.

—Tiene una idea —dijo el Emperador—. Es sobre niños sensibles a la Fuerza.

Vader se puso alerta.

—Hemos eliminado a los traicioneros Jedi, pero no a los sensibles a la Fuerza. Sauro afirma que él es el único en la galaxia que tiene la habilidad para descubrir una conexión con la Fuerza en niños —Palpatine sonrió burlonamente—. ¿Puedes imaginar tal arrogancia? Tuvo a un protegido, hace mucho tiempo, un Jedi caído llamado Xanatos.

—Fue una vez aprendiz de Qui-Gon Jinn. Se volvió hacia el lado oscuro.

—Le conocí, pero no fue mi aprendiz. Sauro dijo que Xanatos le contó muchos secretos de los Jedi. Sabe de midiclorianos.

Vader estaba manteniendo a raya su cólera. —Exagera su importancia.

—Sin duda. Pero piensa que esto me complacerá. No sabe que está tratando con un Sith. Es realmente gracioso escucharle.

—¿Qué es lo que quiere?

—Llevar niños sensitivos a la Fuerza a la Academia —respondió Palpatine—. Cree que la Fuerza puede usarse para entrenar pilotos. Reflejos, instintos. Cree que en diez años podríamos desarrollar una flota invencible.

—No entiende la Fuerza —dijo Vader—. No puedes entrenar a niños para desarrollar la Fuerza como pilotos. —dejó escapar la última palabra con desdén.

—¿Lo dice un antiguo corredor de carreras de vainas?

Vader no se movió. Sabía que su Maestro sacaba a la luz su infancia de vez en cuando para probarle, para aguijonear el lugar que era más doloroso.

—Por supuesto estás en lo cierto —dijo Palpatine—. Pero voy a dejar que tenga su pequeña idea...por ahora.

Vader tenía mejor criterio que estar en desacuerdo con su Maestro, pero tenía que plantear su objeción. Estas noticias le preocupaban. No quería que reunieran otros seres con conexión a la Fuerza. La orden 66 había eliminado a los Jedi. Pensaba que se habían ido para siempre.

—Es una pérdida de tiempo —dijo su voz electrónicamente realzada.

Su Maestro se volvió hacia él entonces, y de nuevo Vader vio la extensión de su poder. Palpatine le conoció hasta los huesos.

—Si te resulta incómodo, puedes encontrar tu propia forma para detenerlo —dijo Palpatine—. Sauro y tú os dirigís hacia un enfrentamiento. Depende de ti escoger cuándo tendrá lugar. Yo no interferiré.

—Sí, Maestro.

—Acabo de enterarme que el Verdadera Justicia ha sido robado. Sauro piensa que no soy consciente de esto.

—Éste es otro ejemplo de su pobre planificación —dijo Vader—. Una nave puede ser más vulnerable que juzgar prisioneros en un tribunal.

Palpatine ondeó una mano. —Era una idea interesante que probar. Pero eso es por lo que te he llamado. Sauro se ha excedido. Tiene que encontrar esa nave y cubrir sus huellas. No puede permitirse el hacerse cargo de Bog Divinian.

Vader supuso lo que venía. — ¿Entonces debo hacerlo yo?

—Debes controlar la situación. Samaria debe ser nuestro.

—Estará hecho, Maestro.

Vader se dio la vuelta y salió andando, su capa ondeaba detrás de él.

Palpatine oyó las puertas cerrarse con un siseo.

Había preocupado a su aprendiz. Darth Vader no quería que Sauro reuniera a ningún sensible a la Fuerza. Especialmente niños. Serviría como recordatorio de las cosas que él pensaba que necesitaba olvidar.

No necesitaba olvidarlas.

Necesitaba vanagloriarse de lo que había hecho. Necesitaba despreciar lo que había perdido.

Sauro no tendría éxito en su búsqueda. No era tan listo como pensaba. Sólo un Sith o un Jedi podían encontrar a un sensible a la Fuerza. Quizá Sauro podía tropezar accidentalmente con uno o dos y apuntarse un tanto. No importaba.

Lo que importaba era Ferus Olin.

El Emperador se rió. Todos los Maestros probaban a sus aprendices de vez en cuando.

Esto probaría a Darth Vader más que nada.

CAPÍTULO QUINCE

Quintus, o quienquiera que estuviera fingiendo ser el difunto Quintus, estaba detrás de la puerta. La cuestión era cómo entrar.

—¿Por qué no llamamos a la puerta simplemente? —preguntó Clive en un susurro.

—Tendrán un plan de escape —dijo Ferus en desacuerdo—. ¿No puedes forzar la cerradura?

—Me insultas. ¡No soy un ladrón! ¿Realmente crees que puedo forzar una puerta de seguridad?

—Simplemente hazlo.

—De acuerdo —Clive metió la mano en el bolsillo de su túnica. Sacó un cuter de fusión pequeño, una moneda, y un pedazo afilado de plastoide. Se inclinó sobre el teclado de seguridad con los objetos. En unos segundos, la puerta se abrió con un click.

Entraron silenciosamente. Estaban en un vestíbulo pequeño. A su derecha estaba la puerta del cubículo sanitario.

Ferus esperó, escuchando, buscando evidencias de la Fuerza Viva.

—No hay nadie —dijo él.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —entró en el apartamento. Estaba escasamente amueblado. Miró a su alrededor cuidadosamente, después cruzó hasta la pequeña cocina y abrió los armarios.

—¿Tienes hambre?

—Aquí no vive nadie. Pero alguien esta intentando que parezca que sí.

—Así que es un callejón sin salida.

Ferus volvió a la sala de estar. Miró por la ventana hacia la esquelética torre inacabada de al lado. —Sé donde mirar —dijo.

Los ejes del turboascensor no se habían terminado. Sólo había un elevador exterior para que los trabajadores accediesen al tejado. Ferus y Clive usaron las escaleras. Los trabajadores estaban hoy en el tejado. Podían oír el ruido de los turbomartillos resonando débilmente a través del edificio.

Ferus siguió el rastro como si rastrease a alguien por el bosque. Vio la huella de botas de trabajo en el polvo de la construcción, pero andaba buscando algo único: las huellas de un niño.

Las encontró en el rellano del piso veintidós. Las perdió en el treinta y las encontró otra vez en el treinta y seis. Por fin se detuvo en el piso sesenta y dos.

Sólo había cuatro apartamentos por piso. Uno no tenía puerta y todavía estaba en construcción. Ahora estaban en el piso más alto parcialmente completado. Ferus escuchó en la puerta de los tres apartamentos restantes. —Éste —dijo—. Ábrelo.

De nuevo, Clive realizó su magia y la puerta se abrió deslizándose silenciosamente. Dieron algunos pasos cuidadosos en el vestíbulo vacío.

Oyeron algo, un murmullo de una voz femenina.

Se movieron más cerca.

—...Y eso no significa que no te mantengas al día con tus lecciones.

La voz de un niño. —Pero no tengo ningún maestro.

—Ahora yo soy tu maestro. Hazlo o te convertirás en un sapo peludo con cuernos.

El niño se rió.

Ferus y Clive intercambiaron una mirada. Sonaba como una conversación típica entre una madre y un niño. ¿Podía ser éste el hogar del atrevido saboteador? Ferus arriesgó una rápida mirada por la esquina.

El cuarto brillaba por la luz y estaba amueblado con sólo una mesa y cojines brillantes en el suelo. En el suelo estaba sentado un jovencito de alrededor de ocho años, con pelo oscuro. Estaba inclinado sobre un datapad. Con las piernas cruzadas a su lado había una mujer con pelo oscuro muy corto. Estaba vestida con un traje de vuelo.

Ella alzó la mirada, y no hubo miedo en sus ojos cuando vio a Ferus. Su mano se movió hacia un costado.

—Yo no haría eso —dijo él suavemente.

Su mano se detuvo. Vio el destello de bláster, oculto en el bolsillo de su traje de vuelo.

Algo acerca de su cara le era familiar. ¿Qué era? La conocía. Tuvo un recuerdo repentino de una mujer con colgantes rizos oscuros.

—Eres Astri Divinian —dijo—. La esposa de Bog.

Ella se levantó suavemente. —Soy Astri Oddo. Bog ya no es mi marido. Éste es mi hijo, Lune. ¿Quién eres tú, y cómo has entrado?

—Nos vimos una vez, años atrás. Muy brevemente. En los Juegos Galácticos en Euceron. Yo estaba con el equipo Jedi que supervisó los juegos. Ferus Olin.

Él vio su respuesta en a su respiración agitada. — ¿Un Jedi? Eso es imposible. Todos fueron... eliminados.

—Dejé la Orden Jedi años atrás.

Él observó mientras ella se movía para bloquear a Lune. Lo hizo casualmente, como si ella estuviera acercándose para estudiarle. Astri había sido una gran amiga de los Jedi. ¿Por qué le consideraría una amenaza? Él sintió algo...

Algo... Se extendió con la Fuerza, buscando...

— ¿Has venido a arrestarme? —preguntó ella. Detrás de su espalda, puso una mano sobre el hombro de Lune.

—No trabajo para el gobierno samariano, ni para el Imperio —dijo Ferus—. Pero me pidieron que te encontrara.

— ¿Quién?

—Eso no importa —Ferus se puso en cuclillas delante de Lune. Tendió su mano. El lazo láser estaba en su palma—. ¿Perdiste esto?

— ¡Lo encontraste! —El niño lo cogió—. No sabía dónde estaba —lo desenrolló, y culebreó alrededor de la habitación, rápido y ágil. Ató un pequeño cojín y lo lanzó volando, girándolo en el aire. Se rió.

— ¡Lune! No hagas eso —la voz de Astri estaba tensa.

Ferus se volvió hacia ella. — ¿Hay alguna parte donde podamos hablar?

—La cocina —Astri se volvió hacia Lune, y con voz suave pero firme dijo—. Quédate aquí y termina tu lección.

Los tres adultos se movieron hacia la diminuta cocina. Ferus podía sentir el miedo de Astri. No estaba seguro de qué era exactamente lo que temía.

A pesar de su miedo, ella se volvió hacia ellos desafiante. — ¿Os contrató Bog?

—No —dijo Ferus—. ¿Sabe él que saboteaste el sistema informático de este planeta?

Primero quedó sorprendida, pero luego negó con la cabeza. —No sabe que estoy involucrada. Dudo que piense que fuera capaz de eso.

—Lune es sensible a la Fuerza.

Ella se mordió los labios. —Sí.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que tenía cuatro años. Tenía mis sospechas. Era diferente... la forma en la que anticipaba cosas. Obi-Wan me contó una vez la historia de Anakin Skywalker. Recordé.

—¿Lo sabe el niño?

Astri negó con la cabeza. —Sabe que es diferente. Eso es todo. Bog no lo supo durante mucho tiempo. Le dejé poco antes de las Guerras Clon, después del ataque al Canciller Palpatine. Supe que Bog estaba involucrado. Supe que había intentado desacreditar a los Jedi en el Senado. Y supe —dijo Astri, sus ojos secos, su boca apretada— que se llevaría a mi hijo para castigarme.

—¿Qué sucedió?

—Mi padre, Didi, murió durante la guerra, y vinimos aquí. Bog volvió al poder otra vez de alguna manera y usó ese poder para encontrarme. Le dejé ver a Lune en contra de mis mejores instintos. Un día estaban jugando, y Lune... dejó suspendida una pelota láser en el aire. Bog se dio cuenta de lo que significaba. Ahora le quiere... para algo, algo para el Emperador, yo no sé qué es. Sólo sé que quiere llevárselo.

—Espera un momento —exclamó Clive—. ¿Saboteaste los registros de todo un planeta para que tu ex-marido no pusiese las manos sobre su propio hijo?

Los oscuros ojos de Astri centellearon. Ferus había olvidado lo preciosa que era. Recordaba que había sido una persona muy cercana para Obi-Wan. Deseaba poder decirle que Obi-Wan todavía estaba vivo. Pero ese era un secreto que no podía compartir con nadie.

—Bog engendró el niño pero no le crió —dijo ella coléricamente—. No tuvo interés en él excepto como moneda de cambio para mantenerme bajo control. No hemos podido dejar el planeta. Ahora quiere arrebatármelo para conseguir el favor del Emperador. Debe criarse en Coruscant, me dijo él.

—Pero has desbarajustado el planeta entero, has puesto vidas en peligro —dijo Ferus—. Se han perdido registros médicos, registros financieros...

—Todo para proteger a un niño —dijo Clive.

—Sí —dijo elle—. Haría eso para proteger a un niño.

Ferus se apoyó contra el mostrador de la cocina. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podía sacrificar a Lune? Astri no sabía que el Emperador era un Sith. Si lo supiese, pelearía aún más duro.

Si los entregaba, Lune se criaría con el mal. Incluso podría convertirse en un Sith...o ser asesinado como lo habían sido los Jedi.

—Te lo ruego —dijo Astri—. ¿Puedes dejarnos ir?

Ferus sintió que perdía el equilibrio de repente. Fue hasta la ventana y miró hacia afuera pero no vio nada. Aun así lo sabía. La Fuerza le advertía.

Desde que habían estado en el edificio, el ruido de fondo había zumbado, ruido de aerodeslizadores aterrizando en los aparcamientos adyacentes, de turbomartillos en el tejado.

Clive también lo había notado. —Está terriblemente tranquilo.

—Algo va mal —dijo Ferus—. El lado oscuro ha llegado.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ferus dejó a Clive con Astri y cogió las escaleras. Dio un salto de Fuerza hacia abajo, yendo de un descansillo a otro. Podía sentir el pesado y envolvente lado oscuro de la Fuerza como una mortaja sobre el edificio. Tuvo un pensamiento abrumador: Un Sith estaba cerca.

Permaneció dentro del hueco de la escalera y abrió la puerta que daba al inacabado vestíbulo. Los vehículos de trabajo se habían ido, así como los trineos gravitatorios y los deslizadores personales. De repente vio un droide merodeador. Siguió el vuelo del droide hasta que aterrizó...

...Y encontró a Darth Vader dirigiendo un escuadrón a través del patio.

Debían haber llegado en ese momento. Darth Vader, su capa ondeando detrás de él, daba instrucciones a los equipos de soldados de asalto y órdenes a los droides. Los merodeadores echados a volar.

Ferus volvió a las escaleras, remontándose mediante saltos de Fuerza que le llevaron de vuelta hasta la puerta de Astri más rápido que un turboascensor.

Entró rápidamente. Astri y Clive estaban todavía en el mismo lugar en la cocina.

—Tenemos un problema —dijo—. Es Darth Vader. Dirige una búsqueda puerta por puerta. Las tropas de asalto están vigilando las salidas, y los droides están dirigiendo la búsqueda y entrando en los hangares. Parece que hay por lo menos quince o veinte merodeadores.

—Hay cientos de apartamentos —dijo Astri.

—Es Darth Vader —dijo Ferus—. No le llevará mucho. Las buenas noticias son que está empezando con los edificios habitados.

—¿Entonces, cómo salimos de aquí? —preguntó Clive. Astri les miró a los dos.
—¿No me delataréis?

—Nosotros no —prometió Ferus. Intentó no pensar en Roan. Tenía que tener la esperanza de que ya hubiese sido rescatado.

—Si podemos llegar al hangar de la Torre Uno, tengo un crucero estelar —dijo Astri.

—Los droides estarán sobre los hangares —dijo Clive—. Y si salimos por el frente, los soldados de asalto nos atraparán.

—Siempre hay una manera. —dijo Astri.

Ferus la miró, sorprendido. —Eso es lo que Obi-Wan solía decir.

—Él también fue mi amigo —dijo ella con una sonrisa amarga.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Tenemos un problema —dijo Oryon—. He inspeccionado el sistema de comunicaciones, y no hay forma de que podamos enviar un mensaje a Ferus. Sauro lo recibiría.

Solace se inclinó sobre el mapa holográfico. —Estamos cerca de Samaria. Podríamos ir allí.

—Está cerrado a todo menos al tráfico imperial.

—Somos tráfico imperial.

—No tengo ninguna duda —dijo Oryon—, de que saben que hemos secuestrado la nave. Cambiaré el perfil de identificación y esperaré que pase lo mejor.

—Cámbialo por el de una nave diplomática imperial —aconsejó Solace—. Vamos, Trever. Encontremos algunos uniformes.

Trever dejó la cabina con Solace. Registraron varios cuartos de almacenamiento y encontraron uniformes de oficial imperial para todos. Rápidamente, el grupo se vistió con ellos.

No tardaron mucho antes de aproximarse a plataforma de aterrizaje en Sath. Oryon transmitió su identificación. Esperaron. Todos sabían que si su engaño no funcionaba, podrían ser desintegrados en un momento.

—Si no contestan pronto, entramos de todas formas —masculló Solace.

Justo entonces el código de confirmación parpadeó. —Estamos dentro —dijo Oryon.

Trever miró hacia abajo mientras Sath se acercaba cada vez más. La ciudad parecía imposiblemente grande. —¿Cómo vamos a encontrar a Ferus? —preguntó.

—Le encontraremos —prometió Solace—. Podemos activar la señal buscadora de su comunicador ahora que estamos en el mismo planeta.

El jefe de ataque le echó una rápida ojeada a sus documentos de identificación y les hizo seguir. —Todo en orden, tengan cuidado con las vías espaciales, hoy no funcionan los controles —dijo de un tirón y se marchó rápidamente.

Atravesaron el compartimento de carga y se apiñaron en un crucero. Salieron zumbando a las caóticas vías espaciales de Sath. Solace se dejó caer en el asiento del piloto, serpenteando confiadamente a través del enredado tráfico aéreo. Cuando se aproximaban a las coordenadas, redujo la velocidad y entonces dio una vuelta amplia alrededor de las Torres de la Fuente.

—Algo pasa allá abajo —dijo ella.

—Esos son vehículos de seguridad —comentó Oryon.

—Tropas de asalto —dijo Trever.

La nave descendió. —Voy a entrar —dijo Solace, aparcándola cerca pero fuera de la vista del vestíbulo del edificio. Salieron de la nave.

—Simplemente actuad como si tuvieseis que estar aquí —dijo Solace.

Vestidos como oficiales imperiales, nadie los detuvo mientras se dirigían resueltamente al edificio. Los soldados de asalto estaban deteniendo a cualquier residente y pidiendo documentos de identificación cuando llegaban o partían, pero el grupo de Solace pasó sin preguntas.

—Ferus está aquí en alguna parte —murmuró Solace.

Trever vio algo de repente que le hizo sentir como si le hubiesen metido hielo por el cuello. —Vader —dijo—. Allí.

Se escondieron en un pasillo. Solace volvió a rastras para examinar la situación.

—Vader dirige la búsqueda —dijo ella—. Tenemos que encontrar a Ferus primero.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Tenemos que ir hacia arriba —dijo Ferus.

—No hay arriba —le dijo Astri—. Allá arriba sólo hay vigas. No hay acceso al hangar.

—Ahí es donde tenemos que ir —dijo Ferus—. Simplemente tendremos que encontrar una manera para llegar hasta el hangar. ¿Podrá hacerlo?

— ¡Sólo es un niño! —protestó Astri.

—Puedo hacerlo, mamá —el niño estaba parado en el umbral; de repente parecía más mayor de lo que era. La cara de Astri se suavizó. — Sé que puedes.

Se sobresaltaron al oír una rápida llamada a la puerta. Clive alcanzó su bláster, al igual que Astri. Pero Ferus sonrió. Conocía esa llamada.

Fue corriendo por el pasillo y abrió la puerta. Solace, Oryon, Trever. Y Dona y Roan.

Él y Roan agarraron los antebrazos del otro en su saludo especial. — ¡Estás libre! — dijo Ferus.

—Gracias a tus amigos.

—No podíamos contactar contigo desde la nave, así que pensamos que nos dejaríamos caer —dijo Solace, entrando—. Asumo que sabes que Vader está abajo.

—Decidí esperar antes de saludarle —dijo Ferus.

Rápidamente les puso al tanto de quién era Astri y lo que tenían que hacer.

— ¿Cabremos todos en tu crucero? —la preguntó Solace. —Estaremos apretados, pero creo que podemos arreglárnoslas —respondió ella.

—Puesto que llevamos uniformes imperiales, tal vez podríamos marcharnos con pasajeros adicionales —dijo Solace—. Tenemos una nave imperial esperando en el espaciopuerto, pero no sabemos cuando harán una doble comprobación de nuestros documentos de aterrizaje.

Astri parecía aliviada. —Eso soluciona el problema de cómo salir de la atmósfera planetaria. Desintegrarán las naves samarianas, sin hacer preguntas. Afortunadamente todo el mundo ha obedecido la orden.

Solace se detuvo y le dedicó a Astri una aguda mirada.

—No creo que nos hayas contado todo —dijo ella—. Claro, harías cualquier cosa para proteger a tu hijo. Pero no pondrías en peligro otros seres, ¿verdad?

—La gente de Samaria está molesta, pero no en peligro —admitió Astri—. Actué con el permiso de Aaren Larker.

— ¿El primer ministro de Samaria? —preguntó Clive.

Astri asintió. —Larker fue el que ideó el plan de sabotear el sistema de datos. Guardamos los registros médicos y los llevamos en secreto a los hospitales y a los médicos. Larker me contrató para hacerlo, desde que dejé a Bog, me he ganado la vida como programadora.

—Eres una de las mejores hackers que me he encontrado —dijo Ferus, usando el apodo galáctico para un talentoso experto en código informático.

—Cogí el trabajo porque quería ayudar, pero también quería desaparecer. Una de mis condiciones era que podría borrar mi identidad y los registros de Lune del sistema samariano. Pensé que me marcharía justo después, pero me retrasé, y entonces el Imperio cerró el espaciopuerto tan rápido...

—Pueden ser muy rápidos cuando quieren —dijo Clive.

—¿Entonces por qué lo hizo Larker? —preguntó Ferus.

—Sabe que el Imperio planea tomar el control del planeta. Decidió dismantelar el sistema para darles tiempo a los sathanos de formar una célula de resistencia. Cuando el sistema vuelva a funcionar, algunos registros habrán desaparecido, como quién luchó a favor de la República en las Guerras Clon, o quién criticó al Emperador Palpatine cuando todavía era un canciller. Tendrán que comenzar de la nada para encontrar a sus enemigos.

—Basta de charla —dijo Solace—. Movámonos —Astri puso su mano en el hombro de Lune. —Estamos listos.

Ferus se puso en cuclillas delante del niño. —Lune, vamos a tener que subirnos al tejado y atravesar andando una viga. Estaremos muy alto.

—Tengo buen equilibrio —dijo el niño.

—Estoy seguro. Cuando estamos allí arriba, quiero que intentes algo. Confía en tus sentimientos. Intenta no pensar, sólo sentir. Deja que el aire te ayude.

—Lo que quiere decir es... —comenzó Astri.

—Sé lo que quiere decir, mamá —dijo Lune. Sus ojos de color azul grisáceo estaban claros mientras asentían hacia Ferus.

Ferus asintió a su vez. Una conexión pasó entre ellos, una que él sabía que estaba alimentada por la Fuerza. Algún día, esperaba, Lune sabría lo que eso significaba.

Salieron del apartamento. Podían oír el silbido del viento alrededor de las vigas en el tejado.

—¡Manteneos atrás! —dijo Solace repentinamente.

Ella y Ferus se giraron en el mismo momento en el que dos droides merodeadores atravesaban la ventana del pasillo. Los dos Jedi saltaron como si fueran uno, y los acuchillaron. Humeando, los droides cayeron al suelo.

—Han tenido tiempo de transmitir nuestra posición. Tenemos que movernos rápidamente —dijo Ferus.

Subieron corriendo las escaleras. El viento les golpeó en la cara mientras salían al tejado parcialmente completo. Las vigas y los travesaños entrecruzaban el área más cercana al hangar en la torre contigua. Ferus se quedó cerca de Lune y mantuvo un ojo cuidadoso en Trever.

Él y Solace concentraron la Fuerza. Ésta era una tarea difícil para cualquier Jedi, especialmente uno que nunca había alcanzado el estado de Maestro. Levantar un objeto pesado en el aire usando sólo la Fuerza requería gran concentración.

No, se dijo Ferus a sí mismo recordando las lecciones de Yoda. No concentración. Creencia.

La viga se alzó en el aire, rotando, y viajó hasta la torre hangar de al lado. Entró en una de las aberturas y se sacudió cuando chocó. Aguantó.

Ahora tenían un puente para cruzar al otro lado. A cientos de kilómetros en el aire, sin barandilla... pero un puente.

—Solace, dirige a Astri y a Lune al otro lado —dijo Ferus.

Astri y Lune se balancearon en la viga. El viento soplabá, metiendo el pelo de Lune en sus ojos. Él no se sobresaltó. Se mostró perfectamente equilibrado.

—Estoy dejando que el aire me ayude —le dijo a Ferus. —Puedes hacerlo —dijo Ferus.

Solace permaneció entre ellos. Caminaron en fila india a través de la viga. Lune nunca vaciló. Nunca miró hacia abajo. Atravesó la viga como si estuviera paseando a través de un parque en un día soleado.

—Ahora he visto auténtico coraje —dijo Clive.

Ferus se volvió para admitir que el niño era asombroso. Vio que Clive estaba mirando a Astri.

Solace, Astri, y Lune llegaron al otro lado. Astri abrazó a su hijo.

—Tu turno, Trever —dijo Ferus.

Clive le ofreció un brazo a Dona. —La escoltaré hasta la viga, señora.

Dona asintió. —No se preocupe por mí, vivo en una montaña. Puedo hacerlo.

Trever, Dona, y Clive comenzaron a atravesar la viga. Roan esperaba con Ferus. Observaron como el trío avanzaba lentamente a través de la viga.

De repente Ferus vio un intruso. Un merodeador se dirigía a gran velocidad hacia la viga. En la torre hangar, Solace también lo había visto. Dona se agachó rápidamente, casi perdiendo el equilibrio, pero Clive la agarró del brazo. Otro merodeador pasó zumbando hacia arriba.

— ¡No te muevas! —le gritó Ferus a Roan. Entonces dio un salto de Fuerza a través del espacio, elevándose hacia los agresores mientras Solace hacía lo mismo. En el aire, los dos Jedi cortaron a los droides con sus sables, cruzándose el uno al otro y aterrizando en la viga tan suavemente como nieve a la deriva.

— ¡Ferus!

Roan brincaba de viga en viga, evitando los rayos láser de dos droides araña que habían aparecido en el tejado parcialmente terminado. Ferus saltó de vuelta al tejado, desviando el fuego. Aterrizó detrás de los dos droides araña y los destruyó con su sable láser, convirtiéndolos en metal derretido.

—Están empezando a gustarme estos asuntos Jedi —dijo Roan.

Al otro lado, Trever, Dona, y Clive estaban ya a salvo en la torre. Roan y Ferus se apresuraron a ir a la viga y la atravesaron rápidamente—. De acuerdo, ahora viene la parte difícil —dijo Ferus.

—Mi crucero está tres niveles más abajo —susurró Astri—. Las rampas están a ambos lados.

Se movieron hacia las rampas que conectaban los niveles. No podrían arriesgarse a coger el turboascensor. Estaban casi al final de la rampa cuando oyeron a un escuadrón de soldados de asalto dirigiéndose hacia arriba. Era demasiado tarde para retirarse; los soldados les habían divisado. El comandante dio la orden de disparar.

Ferus y Solace corrieron hacia adelante mientras los soldados empezaban a disparar. Sus sables láser giraron mientras cargaban. Roan y Oryon se quedaron atrás, disparando sus blásters. Clive y Astri se colocaron delantera de Dona, Trever, y Lune, con sus blásters en la mano.

Ferus no estaba acostumbrado a pelear con Solace. Su estilo le asombró. Ella era una solitaria, y, en este momento, un Jedi poco entusiasta. Pero su estilo de lucha era tan generoso como agresivo. Sus saltos eran fluidos, y parecía estar en todas partes a la vez, protegiendo a Ferus y guiándolos a todos hacia abajo incluso mientras vencía a los soldados de asalto. Ferus no podía leer sus intenciones tan rápido como debería, pero no importaba. Ella leía las suyas. Contrarrestaba sus movimientos, reforzaba sus golpes, y cubría su espalda.

Cuando los clones se amontonaron en el suelo a su alrededor, él desactivó su sable láser e asintió hacia ella con admiración. —Gracias.

Continuaron adelante, bajando al siguiente nivel. Más droides merodeadores volaron hacia ellos, y Ferus los cortó en tres golpes limpios.

—Ahora van a enviar más potencia de fuego —dijo Solace—. Saben dónde estamos.

Bajaron corriendo la última rampa hasta el crucero. Solace se lanzó al asiento del piloto. Dona se apresuró a entrar con Clive. Oryon se sentó al lado de Solace. Roan entró de un salto detrás de Solace, apretujándose en la cabina detrás de los controles del cañón láser. Astri y Lune eran los siguientes.

De repente una explosión sacudió el hangar. Un par de droidekas habían entrado y estaban disparando a una columna de carga. La columna pronto se vino abajo.

El techo comenzó a combarse, las grietas se propagaron rápidamente. El duracreto bajo sus pies comenzó a resquebrajarse. Ferus agarró a Lune con una mano y a Trever con la otra. Oryon extendió el brazo y metió a Astri de un tirón en el vehículo.

— ¡Lune! —gritó Astri.

Con un rugido atronador, la mitad del nivel superior se derrumbó. Ferus se lanzó al suelo con los dos chicos para cubrirse mientras los droidekas continuaban con sus explosiones mortíferas.

Solace encendió los motores y se apartó de los escombros voladores. Permaneció sobrevolando fuera mientras Roan manejaba los cañones láser. Realizó un disparo preciso, derribando un droideka y enviando la masa llameante de metal hacia el otro.

Ferus se puso en pie, tosiendo polvo. — ¡Misil discordia! —gritó, divisando uno en el aire. Sabía por su servicio en las Guerras Clon que estaba lleno de una manada de droides zumbadores, esos droides letales que podían adherirse a un caza a toda velocidad y taladrarlo, desactivándolo en segundos.

Solace descendió, pero el misil discordia continuó rastreándolos.

De pronto, Lune echó a volar su lazo láser. Era una limpia línea roja en el aire, volando hacia el misil. Ferus contuvo el aliento. Podía sentir la Fuerza en el aire mientras Lune, inconscientemente, la usaba para guiar el lazo. Lune podía no ser consciente de lo que era la Fuerza, pero su madre estaba en peligro y haría que funcionase para él.

El lazo se enroscó alrededor del misil, lo suficientemente fuerte como para desviarlo ligeramente de su curso. Chocó violentamente contra un lateral del hangar. Solace salió disparada, bajo fuego terrestre ahora.

Más soldados de asalto subían por la rampa, disparando sus rifles láser. Ferus soltó a Trever y mantuvo a los dos chicos detrás de él mientras su sable láser trazaba arcos en el aire, desviando el fuego. Mientras se movía hacia atrás, consideró lo que hacer. Solace estaba dando vueltas alrededor, intentando evitar el fuego y regresar al hangar. El batallón estaba entre ella y Ferus. Llegaban más a cada instante. Uno de ellos disparó un misil y éste impactó a escasos metros. Ferus sintió el calor de la explosión en su cara.

Pensando frenéticamente, Ferus saltó encima de un pequeño aerodeslizador. Llevó a Trever y a Lune adentro, entonces encendió el motor. — ¡Conduce! —le ordenó a Trever. Saltó a la parte de atrás del deslizador, sable láser en mano, y desvió el fuego. Trever despegó.

— ¿A dónde? —gritó Trever.

— ¡Al tejado de al lado! —Ferus se sentó mientras Trever aceleraba. Salieron disparados por los aires y cayeron directamente en el tejado. Allí estaban por fin fuera del alcance del fuego láser y de los misiles.

—Deja que tome el mando —dijo Ferus, llegando hasta los controles. Pasó zumbando sobre las vigas, buscando. Entonces descendió el vehículo dentro de un eje inacabado de turboascensor. A salvo por el momento, dejó flotando el vehículo.

—¿Ahora qué? —preguntó Trever.

Ferus recordó cuidadosamente en el diseño de la torre. Sabía que la pared sería delgada cerca del tejado, ya que no habían añadido el duracero reforzado.

—Solace nos encontrará —dijo Ferus. Dirigió el vehículo hacia arriba y maniobró para colocarse más cerca de la pared—. Necesito que hagas algo por mí.

Trever vio la orden en los ojos de Ferus. Negó con la cabeza. —No. No voy a dejarte. Otra vez no.

—Tienes que hacerlo. Tienes que llevarte a Lune.

—Puedo cuidar de mi mismo —dijo Lune.

Trever suspiró. Sabía que tenía que irse. —Cada vez que te dejo, te acaban capturando.

—Esta vez no. El Emperador me quiere libre. No sé por qué, pero me necesita. Todo lo que tengo que hacer es salir andando. Puedo conseguir tiempo hasta que podáis escapar. Trever, es la única forma.

Trever asintió. —Bien. Pero sólo para que lo sepas, no puedes deshacerte de mí tan fácilmente.

—Lo sé —Ferus activó su sable láser. Lo enterró en la pared. Resplandeció, y la pared comenzó a desintegrarse, doblándose sobre sí misma. Lune observó con los ojos muy abiertos.

—Nunca antes había visto un Jedi en acción —dijo—. Ojala pudiera hacer eso.

—Tal vez algún día puedas —dijo Ferus. Saltó sobre la pared parcialmente demolida. Agarrándose con una mano, escaneó el aire. Estaba alto sobre Sath, en el lado contrario al vestíbulo. Los soldados de asalto eran motas debajo de él, alineados y listos para recibir órdenes. Varios droides buscador zumbaban debajo pero no le habían descubierto aún. No vio rastro de Darth Vader pero sentía su presencia.

Un destello en un ala, y Solace estaban descendiendo, dirigiéndose hacia él.

—Vas a tener que ser rápido —le dijo a Trever.

Trever se equilibró en el deslizador, agarrando a Lune de la mano. Dio un paso cuidadosamente encima de la pared, ayudando a Lune a ponerse a su lado. Se equilibraron allí, esperando, mientras Solace reducía la velocidad.

Guió expertamente el crucero hasta la pared. La cara de Astri estaba blanca por el suspenso.

Lune y Trever entraron fácilmente en el crucero y fueron colocados en los asientos por las manos ansiosas de Astri.

—Id a la base. Me reuniré con vosotros —le gritó Ferus sobre el viento a Solace.

Observó como se alejaba la nave. Entonces se dio la vuelta, se metió en el deslizador prestado, y volvió rápidamente al tejado. Recorrió con mucho cuidado por las vigas bombardeadas y bajó por las escaleras hasta el nivel de la calle para encontrarse con Darth Vader.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El lado oscuro era tan fuertemente que Ferus sentía que era engullido por él mientras se acercaba a Vader. Tenía que recobrar la compostura y actuar tan normal como pudiese, no como si acabase de luchar en una acalorada batalla.

—Creo que estamos rastreando a la misma persona —le dijo a Vader—. ¿Ha habido suerte?

Vader no dijo nada por un momento. Un momento largo. Ferus intentó no sudar. Todo lo que oía era el silbido de la máscara electrónica de respiración de Vader.

—Han destruido varios batallones de droides y soldados de asalto. Droides merodeador también. El saboteador tiene ayuda.

—Suerte que vino preparado —dijo Ferus, indicando la actividad armada a su alrededor.

—Es extraño. El capitán Chainly informó de que había sables láser implicados.

—Eso no parece probable —dijo Ferus, aliviado por haber escondido el suyo.

Vader no contestó. —¿Tienes el nombre del saboteador?

—Quintus Farel —respondió Ferus.

—Eso es un alias.

—Eso es todo lo que tengo. El apartamento estaba vacío cuando llegué.

—Tardaste mucho tiempo en encontrarme.

—Estaba buscando. Pensé que deberíamos trabajar juntos.

—Yo trabajo solo.

No podría haber superado a Darth Vader en combate. Ferus lo sabía. Pero había ganado esta ronda simplemente saliendo por la puerta. Por alguna razón, tenía la protección del Emperador. Mientras la tuviera, Vader no podría tocarle.

Vader no tenía que hablar. Ferus sabía que estaba enfadado. Podía sentir lo difícil que era para Vader suprimirlo. Detrás de sus palabras había furia y frustración. Le había molestado sólo por estar allí, sólo por existir...

Algo produjo un cosquilleo en la memoria de Ferus. Algo familiar sobre esa situación. ¿Qué era? Sentía que allí había algo que debería ser capaz de captar pero no podía.

—¿Lord Vader? —crujió el comunicador de Vader—. Un crucero espacial ha sido visto dejando el área, señor.

—¡Id tras él! —ordenó Vader.

—Demasiado tarde para una persecución, señor. Envié una nave patrulla tras él.

—Envíe todo lo que tenga.

Vader desconectó el comunicador. —No tiene importancia —dijo—. No pueden salir del planeta.

El casco se volvió hacia Ferus. Los ojos vacíos parecían estudiarle. Entonces Vader se giró y se marchó, con su capa arremolinándose detrás de él.

CAPÍTULO VEINTE

Keets y Curran estaban sentados en el suelo uno al lado del otro, en el cuarto de detención.

— ¿Por qué está tardando tanto Sauro? —preguntó Keets.

—No sé —dijo Curran—. Pero cuanto más estemos aquí, mejor. Una vez que entremos en un centro de detención imperial, estamos perdidos.

— ¿Quieres decir que no estamos perdidos ahora?

La puerta se abrió con un siseo. Zackery estaba allí, con una mirada reluciente en la cara. —Las regulaciones del Senado dicen que tengo que traeros comida.

Keets se animó. —Las cosas mejoran.

Un droide cocinero entró rodando. —Las cosas en el Senado se hacen de acuerdo a las reglas, joven —le advirtió a Zackery.

— ¡No me llames joven! —le gritó Zackery.

—Lo siento, ¡viejo! —trinó el droide.

Zackery bufó y salió, pero dejó la puerta entreabierta. Permaneció en pie, su mano en su bláster, y observó.

Keets miró al droide detenidamente. A pesar de la nueva pintura, reconoció al viejo droide WA-7. Era el mismo droide que había trabajado en el Restaurante de Dexter. Ella le había servido sliders y la sustancia que Dex llamaba bebida al menos cien veces.

Sí, las cosas definitivamente estaban mejorando.

Ella colocó una bandeja en el suelo a su lado. Una jarra grande de líquido, dos tazas, y dos empanadas vegetales. Ella sacó los objetos de la bandeja y entonces la recogió. — ¡Disfrutadlo! —dijo.

Comenzó a salir. Keets alcanzó las tazas.

—No tengo sed —dijo Curran.

—Oh, esto te gustará —Tan pronto como WA-7 estuvo entre ellos y Zackery, Keets sacó el pequeño bláster de la jarra.

El tiempo de reacción de Curran fue excelente para haber sido una vez un pedante ayudante senatorial. Se puso en pie rápidamente y cargó mientras Keets avanzaba con el bláster. A la vez, WA-7 lanzó la pesada bandeja de metal al cuello de Zackery. Le golpeó con fuerza, y él se tambaleó hacia atrás. Keets le dio la vuelta al bláster y usó la culata para golpearle en la cabeza. Zackery se desplomó.

Keets se volvió hacia los tres droides de seguridad y los convirtió en metal humeante.

Keets y Curran pasaron por encima del cuerpo inerte de Zackery. Se asomaron al pasillo. El Senado estaba volviendo a la vida otra vez mientras senadores, ayudantes, y droides regresaban al trabajo. Absortos en sus asuntos, nadie les dedicó una segunda mirada. Junto con WA-7, entraron en la corriente de trabajadores.

—Sugiero una salida rápida —dijo WA-7—. Yo puedo encontrar mi propia escapatoria. ¡Saludad a Dex de mi parte!

Se alejó rodando. Keets y Curran conocían el edificio del Senado tan bien como las casas en las que habían crecido. En breves momentos, habían encontrado la salida más cercana. Estaban libres.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Solace llevó el crucero estelar de Astri directamente al compartimento de carga. Todos salieron y fueron hacia la cabina.

—Hasta aquí todo bien —murmuró Oryon—. Nada de guardias imperiales precipitándose sobre la nave.

—Contacta con el jefe de ataque y consigue permiso para despegar —dijo Solace—. Esa será la auténtica prueba. Yo comenzaré las comprobaciones de despegue.

Todos ellos permanecieron en la cabina, demasiado ansiosos como para encontrar asiento. Astri mantuvo a Lune a su lado.

—Solicito permiso para despegar —dijo Oryon en la unidad de comunicación.

—Comprobando datos —contestó el jefe de ataque. Los minutos pasaron lentamente. Intercambiaron miradas preocupadas.

—Está tardando demasiado —dijo Solace.

— ¡Por supuesto que cambiaron los números de registro! —le gritó Sauro al oficial imperial sentado en la consola que monitorizaba todo el tráfico imperial—. Busca una nave que coincida con su descripción.

El oficial tecleó más datos. Envío otro mapa espacial hológrafo al aire.

—Ahora dame los datos de cada espaciopuerto cercano a su última posición conocida —dijo Sauro, paseando detrás de él.

—Senador, hay una nave en la plataforma de aterrizaje de Samaria.

Sauro dejó de pasearse. ¡Samaria! Por supuesto. El secuestro no había sido aleatorio en absoluto. Habían ido directamente al planeta donde estaba Ferus Olin. ¿Cómo podía no haber visto eso? Había estado tan ciego.

—Esa es. Pásame con el jefe de ataque, ahora.

—El espaciopuerto todavía está en manos de los samarianos, señor, no nuestras...

— ¡Sólo pásamelo!

Un momento después, un jefe de ataque obviamente nervioso estaba al comunicador.

—Sí, hay una nave imperial. Es una nave diplomática. Se le ha dado permiso para despegar.

— ¡Detenga esa nave! ¡Ahora! —gritó Sauro.

—Pero señor, es una nave imperial —dijo el jefe de ataque pacientemente—. Debe de haberme entendido mal. Todas las naves imperiales tienen permiso para...

—Escúcheme —Sauro se inclinó hacia el comunicador—. Revoque la orden y detenga esa nave o yo personalmente le escoltaré hasta una prisión imperial para el resto de su vida.

—Ah, señor, lo siento. Pero me temo que el permiso ya ha sido concedido. La nave acaba de abandonar el espacio aéreo samariano, señor.

Sauro golpe con su mano en la consola, rompiendo dos sensores.

Su asistente tiró de su codo. —Señor —murmuró—. Al Emperador le gustaría verle. Ahora.

CAPÍTULO VEINTIDOS

Darth Vader dejó atrás el desorden de la fallida persecución y subió a su aerodeslizador hecho a la medida. Se sentó durante un momento mientras su conductor esperaba órdenes.

Ferus Olin. Tan insignificante que Vader se había olvidado de él. Había sido un parpadeo en su pasado. Algo que había ocurrido hacía mucho tiempo, unos pequeños celos que nunca se habían convertido en un auténtico odio maduro. Habría sido feliz si no le hubiese vuelto a ver.

Pero por supuesto sobrevivió a las Guerras Clon. No había sido un Jedi.

Vader no pensaba en él como un rival. Nunca había alcanzado el estado de Jedi. Se había marchado como Pádawan. Un estudiante. Ferus no podía ni acercarse a igualar su poder.

¿Pero por qué estaba allí? ¿Por qué le había contratado su Maestro para empezar?

Sólo podía haber una respuesta. Ferus podía ser uno de los pocos que quedaban en la galaxia capaz de convertirse en un aprendiz de Sith. Capaz de entrenarse, capaz de ascender a las alturas del poder.

Por supuesto era ridículo pensar que ese podría ser el caso. Pero quizá su Maestro no pensaba que fuera tan ridículo.

Vader todavía estaba entorpecido por las increíbles lesiones a las que había resistido. Nunca podría tener todo el poder que tenía el Emperador. Era algo sabido entre ellos. Algo que nunca podría cambiar.

Vader dejó que sus manos artificiales se relajaran antes de crisparse.

No, Ferus no era una amenaza seria. Pero había ganado de todas formas, ¿verdad? El saboteador había escapado. Ferus había ayudado en ese escape. De eso no tenía duda.

¿Hubo otro sable láser? ¿Había encontrado Ferus a otro Jedi?

Los viejos celos surgieron, la vieja envidia.

No trató de reprimirlos. Ahora sabía como usarlos.

La parte profundamente divertida de su conversión al lado oscuro era ese sentimiento de seguridad. El lado oscuro eliminaba la duda.

No quería volver a vivir con dudas nunca más.

No quería recordar lo que había sido.

Cabeceó a su conductor, el cual encendió los motores del deslizador y elevó el vehículo en el aire. Controlaría esta situación. Sauro ya no era el problema.

Ferus Olin lo era.

Ferus permaneció oculto detrás de una de las columnas del espaciopuerto y observó como la nave imperial despegaba de la plataforma de aterrizaje de Sath. Tenía que asegurarse que sus amigos estaban a salvo.

¿Ahora qué?

Se volvió hacia la ciudad. Astri había conseguido decirle cómo solucionar el problema con el droide computadora BRT. Si Larker daba el visto bueno, la ciudad podía volver a la normalidad mañana por la mañana como pronto, con los cambios hechos para proteger a aquellos que se oponían al Imperio.

Estaba ansioso por volver a la base secreta. Ansioso por ver el progreso que Raina y Toma habían hecho, ansioso por ver cómo estaba Garen. Y había sido duro decirle adiós a Roan. Habría sido genial atravesar la tormenta atmosférica para llegar al asteroide. Genial estar con los amigos. Descansar, aunque sólo fuese un día.

Pero algo le decía que no se marchara. Las cosas habían cambiado. Había cogido un trabajo para el Emperador. Ahora trabajaba para el Imperio, al menos de cara al exterior. Estaba seguro de que Palpatine no confiaba en él, pero eso no le impediría convertirse en un agente doble.

Estaba convencido de que Palpatine tendría otro trabajo para él, y pronto. Ambos eran conscientes del juego que estaban jugando.

Se arriesgaría.

Se arriesgaría, y descubriría lo que pudiera. Entraría en el corazón de la oscuridad que tanto odiaba y temía.

Sabía que necesitaría toda su fuerza para sobrevivir a ello.

Traducción: Yavin201

Revisión: Nacho_Kenobi

LSWT - www.starwarstotal.org

- De Fans para Fans, no vender o alquilar. -